



Boletín Eucarístico

# Corporis Mysterium

HERMANDAD SACRAMENTAL DE JESÚS SALVADOR  
EN SU SANTA CENA Y MARÍA SANTÍSIMA  
DE LA CARIDAD Y CONSOLACIÓN

N.º 1 - JUNIO 2010





# CORPVS CHRISTI

S.I. Catedral Jaén - 6 de junio de 2010 - 10 horas

**H**a nacido una nueva criatura, "*Corporis Mysteriorum*", ahora, en torno a la solemnidad del día del cuerpo y sangre del Señor, desde las entrañas de esta Hermandad de *Jesús Salvador en su santa Cena Y María Santísima de la Caridad y Consolación*, nace esta nueva publicación. Nace hoy, una nueva realidad en el mundo cofrade de Jaén, "*Corporis Mysteriorum*", que viene a completar el recorrido de aquella otra publicación ya señera en la Semana Santa jaenesa "*Santa Cena*". Por este motivo, de súbito, casi sin darnos cuenta, se ha puesto en marcha el equipo de redacción para dar forma a un deseado proyecto, que al mismo tiempo tiene mucha razón de ser en una cofradía, que a la vez que es de pasión también es eucarística. Es más, se podría afirmar, que primero es eucarística y después de pasión.

La hermandad, sensible al quehacer con los pobres y necesitados, no en vano ha puesto en marcha el proyecto para acoger a una porción muy especial de los más débiles de nuestra sociedad, los ancianos. Los mayores, Jesús aparece también en sus rostros, en la experiencia de los años, pero también el dolor de una avanzada edad y en la debilidad que trae la ancianidad. Con María somos testigos del Pan de Vida en la Eucaristía, como Ella lo hizo y lo hace, y al mismo tiempo, con María queremos ver y contar los rasgos de su rostro en los rostros de nuestros hermanos que sufren y bajo cuyo disfraz El está viviendo. Tal vez Él vive en nuestras propias casas o caminando por nuestras calles, tendido en nuestros hospitales o parques o en una residencia de ancianos, Esta queremos que sea nuestra misión, en este día en el que coincide Eucaristía y Caridad. Deseamos pregonar y contar escribiendo en este boletín, el camino que se va trazando, el silencioso camino que se va recorriendo, estando seguros que se cumple aquello que el propio Jesús ha dicho: "*lo que hicieses al mas pequeño de mis hermanos, a mi me lo hiciste.*"

No solamente tiene presente a los mayores sino que intenta transmitir ese amor a los jóvenes

de de esta hermandad, que vienen a compartir las obras de amor por los más pobres, primero y ante todo adorando y recibiendo a Cristo Eucaristía, singularmente en la misa dominical y en la adoración de los sábados. Muchos de estos jóvenes cofrades han encontrado aquí un lugar privilegiado, donde siente una particular fuerza en el amor a Jesús Sacramentado, dentro del trabajo que lleva a cabo esta sacramental hermandad. Tal vez sino fuera por este motivo, el entusiasmo juvenil, que se contagia, no hubiese sido posible esta publicación.

La Madre Teresa de Calcuta que dedicó toda su vida a consolar a enfermos, ancianos y a los más desfavorecidos de aquella pobre sociedad, mostraba, junto a su dedicación a los que más la necesitaban, una incalculable unión con Jesús Sacramentado, una confianza ilimitada en el poder de Jesús en el Santísimo Sacramento.

Con María, somos testigos del Pan de Vida en la Eucaristía, como Ella lo hizo y lo hace, y al mismo tiempo, con María queremos ver y contar los rasgos de su rostro en los rostros de nuestros hermanos que sufren y bajo cuyo disfraz El está viviendo. Tal vez Él vive en nuestras propias casas o caminando por nuestras calles, tendido en nuestros hospitales o parques o en una residencia de ancianos,...Esta queremos que sea nuestra misión, en este día en el que coincide Eucaristía y Caridad. Deseamos pregonar y contar escribiendo en este boletín, el camino que se va trazando, el silencioso camino que se va recorriendo, estando seguros que se cumple aquello que el propio Jesús ha dicho: "*lo que hicieses al mas pequeño de mis hermanos, a mi me lo hiciste.*"

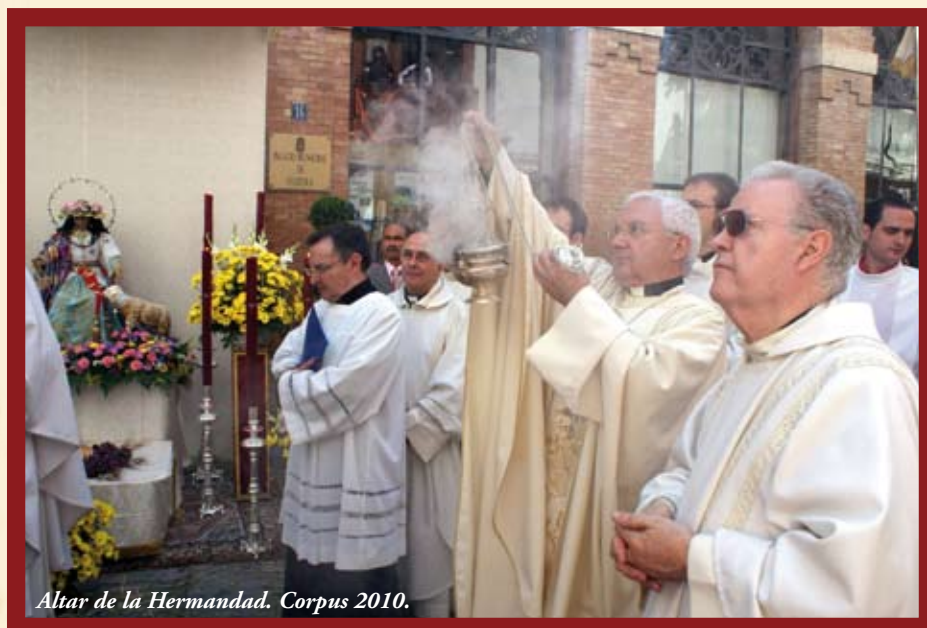
Jesús está aquí, "*Corporis Mysteriorum*", así lo atestigua y lo recoge, no solo por el fervor a la eucaristía que manifiesta en el día del *Corpus Christi* el pueblo cristiano de Jaén, sino también porque queremos ser los voceros, desde esta humilde publicación, de la fuerza que Jesús sacramentado transmite a cuantos se acogen a Él y proclaman este inconmensurable misterio y de caridad y consolación.



# CARTA PASTORAL DEL SR. OBISPO DE JAÉN

## LA IGLESIA ACOGE A LOS POBRES

4



Altar de la Hermandad. Corpus 2010.

## CORPUS CHRISTI

## DÍA DE LA CARIDAD

**E**l domingo, 6 de junio, celebramos la gran fiesta cristiana del Corpus Christi y la Iglesia en España celebra también el Día de la Caridad.

“Ofrece, sin pedir nada a cambio”, es el lema para esta jornada anual.

Se pone este ofrecimiento generoso en relación directa con la Eucaristía.

En la Carta Apostólica *Mane Nobiscum Domine* explicaba el querido y venerado Pontífice, Juan Pablo II, que la Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia, sino también proyecto de solidaridad para toda la humanidad. En la celebración eucarística, la Iglesia renueva su conciencia de ser signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad también del género humano.

Añadía el Papa que hay un aspecto que refleja especialmente la autenticidad y eficacia de nuestras celebraciones eucarísticas: si desde ellas nos vemos impulsados a un compromiso activo por la edificación de una sociedad más justa y fraterna (n. 27).

Esta es la razón fundamental de unir a las celebraciones de la solemnidad del Corpus Christi, el Día de la Caridad. Sin la Caridad, la Eucaristía será siempre un culto vacío, y la Caridad, sin la Eucaristía, se reducirá a pura filantropía y acción social. Para el cristiano el cuerpo de Cristo, partido y repartido, y su Sangre, derramada en la cruz, serán siempre su alimento espiritual como signo y fuente perenne de nueva vida. La Eucaristía es prenda de vida eterna (cf. Jn 8, 55) y manantial inagotable de amor fraterno.

Es el Hijo de Dios quien se nos ofrece sin pedir nada a cambio, y esa misma moneda de amor es la que el cristiano ofrece al necesitado, de bienes, de ideas, de sentimientos, de vida, de amor...

Los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres, deben encontrar siempre un eco sonoro y respuesta generosa en el corazón del discípulo de Cristo y de su Iglesia.

Desde los tiempos de Jesús, la comunidad cristiana, ha procurado estar siempre apoyando en los pobres de todos los tiempos. Sin los pobres, el mensaje de Jesucristo no se entendería. También en nuestros días caminamos los cristianos en esta dirección.

Decía hace pocas fechas, el Papa Benedicto XVI en su reciente viaje a Malta, y se lo decía a los jóvenes cristianos: hemos de socorrer al pobre, al débil, al marginado. Tenemos que preocuparnos especialmente por los que pasan momentos de dificultad. Debemos atender a los discapacitados y hacer todo lo posible para promover la dignidad y calidad de vida en todos los que precisan ayuda. Debemos prestar atención a las necesidades de los inmigrantes y de quienes buscan asilo en nuestra tierra. Tender una mano amiga a creyentes y no creyentes. Es nuestra vocación del amor que hemos recibido... (18 de abril de 2010). Pero antes había fundamentado este



proceder cristiano: En la muerte y resurrección de Jesús, que se hace presente cada vez que celebramos la Misa, en que ofrece a todos la vida en abundancia.

Acercarnos al que se queja, aportar nuestro bálsamo, desprendernos de unos denarios, implica hacer el bien, hacer presente a Cristo en esos rostros y ver a Dios en sus vidas.

En estos momentos las peticiones a Cáritas nos desbordan. Envíenos alimentos me decía hace pocas fechas una voluntaria de Cáritas en una Parroquia. Se agotan los recursos para dar de comer al hambriento y, el Señor, en esos hermanos nos tiende su mano y solicita amor.

El programa organizado de la Caridad en nuestra Iglesia es la tarea de las Cáritas, en todo su conjunto. Gracias a sus responsables y voluntariado. Gracias por tanta generosidad en ofrecer lo que tenemos, sin pedir nada a cambio. La Caridad todo lo puede.

Con mi saludo agradecido y bendición.



RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ  
OBISPO DE JAÉN

Corporis Mystrium  
Santa Cena

5



# EL MISTERIO DEL CUERPO Y LA SANGRE DEL SEÑOR

Santos Mariano Lorente Casañez  
Párroco de San Félix de Valois y  
Capellán de la Hermandad de la Santa Cena.

6

El “Diccionario de la Lengua Española” nos dice que la palabra “Misterio” procede del vocablo latino “Mysterium” y éste a su vez del griego “Μυστήριον” y lo define como: “cosa arcana o muy recóndita que no se puede comprender o explicar”, y añade, “en la religión cristiana, cosa inaccesible a la razón y que debe ser objeto de Fe”.

La palabra misterio, para los cristianos, por antonomasia, es la Eucaristía. Misterio como acción sacrificial, misterio como participación sacramental, misterio como veneración cultural, misterio como anticipación de la gloria celestial. El texto siguiente, tomado del Catecismo de la Iglesia Católica, lo expresa de manera objetiva e iluminadora:

Nuestro Salvador, en la última cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura. (Catecismo de la Iglesia Católica nº 1323).

El Señor Jesús “la noche en que fue entregado” (1 Cor. 11,23) instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. (E E.11).

Este es el marco de la Eucaristía: la Pasión y Muerte del Señor, que no solo es una recuerdo, sino que la hace sacramentalmente presente. Así lo expresa la comunidad cristiana al responder después



de la consagración a las palabras del sacerdote: Este es el misterio de la fe”, y la comunidad responde: “Anunciamos tu muerte”.

La Eucaristía es el mejor regalo de Jesucristo a su Iglesia. En los demás Sacramentos se nos comunica la gracia, en la Eucaristía el don es el mismo Jesucristo, su persona y su obra de salvación. Por eso nos dice el Concilio Vaticano II que cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, se realiza la obra de nuestras redención. (L G.3).

Ésta es la fe que han vivido siempre los cristianos y ha enseñado el Magisterio de la Iglesia. De verdad, era imposible pensar en un amor tan grande, en un amor sin límites, hasta el extremo, ¿qué más podía haber el hecho el Señor por los hombres?.

Tomad y comed esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Ésta es mi sangre que será derramada por vosotros. La Eucaristía hace presente sacramentalmente el sacrificio único de la Cruz. La Eucaristía es también banquete: Comunión en el Cuerpo y Sangre del Señor.

Su entrega, hasta dar la vida, es un don a su Padre a favor nuestro, se hizo obediente hasta la muerte y el Padre le correspondió con la vida nueva de Resucitado. Y nosotros, sus seguidores, al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y culmen de toda la vida cristiana, ofrecemos a Dios la víctima divina y a nosotros mismos con ella (Cf L G. 11).

“Proclamamos tu resurrección, es la continuación de la aclamación que el pueblo hace después de la consagración; porque la Pascua de Cristo abarca no solo su pasión y muerte sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. S. Cirilo de Alejandría afirmaba que participar en los santos misterios es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro. (Sobre el Evangelio de S. Juan XII.20).

La presencia sacramental del sacrificio de Cristo exige una presencia que el Papa Pablo VI la llamaba “real, no como si las otras no

fueran reales, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y Hombre, entero e íntegro”. (M.F).

La Eucaristía es en realidad Mysterium fidei, que supera nuestro pensamiento y puede ser acogida sólo en la fe, como confiesa S. Cirilo de Jerusalén: no veas en el pan y en el vino meros naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su Cuerpo y su Sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa.

Así también lo expresa Sto. Tomás de Aquino en el cántico Adoro te devote. Ante este misterio de amor la razón humana experimenta toda su limitación (Cf E E.15):

*“Te adoro devotamente oculta Deidad,  
que bajo estas sagradas  
especies verdaderamente te ocultas.  
A ti mi corazón totalmente se somete,  
Pues al contemplarte,  
se siente desfallecer por completo”.*

La Eucaristía es verdaderamente un banquete en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando el Señor anuncia por primera vez esta comida, tiene que recalcar la objetividad de sus palabras: en verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en nosotros (Jn 6,53). No se trata de algo metafórico, porque su carne es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida” (Jn 6,55).

Recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor es cuando se hace eficaz en nosotros la salvación del sacrificio de Cristo, nos une íntimamente a Él, y a la vez a la Vida Trinitaria. Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo, y por lo mismo a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva nuestra pertenencia a la Iglesia iniciada el día de nuestro Bautismo. Ante la grandeza del misterio, S. Agustín exclama: ¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!”



La Eucaristía es un anticipo de la gloria celestial. En una antigua y bella oración conocida popularmente: *Oh sacrum convivium*, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía.

*¡Oh Sagrado Banquete,  
En que Cristo es nuestra comida;  
Se celebra el memorial de su Pasión;  
El alma se llena de gracia,  
Y se nos da la prenda futura!"*  
(Antífona del Magnificat II vísperas  
Corpus Christi).

Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor: pasión, muerte y resurrección, si al comulgar a todos nos alcanza la salvación, podemos decir que la Eucaristía es anticipo de la gloria futura.

El mismo Cristo en la última cena les dijo: Os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre (Mt. 26,29). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa, y su mirada se dirige al que viene, por eso concluye la aclamación después de la consagración de la Eucaristía: Ven, Señor Jesús: -Marana tha-. La Eucaristía es, por tanto, un resquicio del cielo que se abre en la tierra. Un rayo de gloria que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.

La Iglesia sabe que el Señor viene en la Eucaristía y está en medio de nosotros, pero su presencia está velada, por eso celebramos la Eucaristía mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo. (Embolismo después del Padrenuestro), y como decimos en la plegaria eucarística III: Allí enjugaras las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas".

Pero también la Eucaristía nos llena de fuerza y esperanza y nos impulsa a las tareas de cada día, a todos los creyentes. Aunque sabemos cuál es nuestra meta: los Cielos nuevos y la Tierra nueva, no olvidamos la responsabilidad que cada uno ha de hacer realidad en nuestro mundo de hoy, para colaborar según el Evangelio en la construcción de un mundo según los designios de Dios, y una humanidad renovada por su amor.

Sería indigno, y así lo considera el Apóstol San Pablo, que una comunidad cristiana participe en la Cena del Señor en un contexto de división e indiferencia hacia los más necesitados (Cf. 1 Cor. 11). Anunciar la muerte del señor hasta que vuelva nos exige a todos los que participamos en la Eucaristía transformar nuestras vidas y transformar el mundo.



*Monaguillos de la  
Hermandad en la pro-  
cesión del Corpus 2010.*



## CORPORIS Mysterium

José Paulano Martínez  
Hermano Mayor

Hermandad Sacramental, como no puede ser menos una hermandad basada en la celebración de la Eucaristía, tiene que tener siempre presente el vivir y fomentar la participación en la misma. La hermandad Sacramental de Jesús Salvador en Su Santa Cena y María Santísima de la Caridad y Consolación, tiene siempre esta obligación y como consecuencia de ello hemos editado este boletín que bajo el nombre CORPORIS MYSTERIUM, pretende ensalzar más entre sus hermanos la celebración de la Eucaristía y vivir de manera especial el CORPUS CHRISTI.

Hace unos días cuando estábamos celebrando los actos previos al CORPUS CHRISTI y justo cuando terminamos nuestros triduo Eucarístico, un grupo de hermanos pensamos en realizar un boletín específico sobre la festividad del CORPUS CHRISTI, pues nos parecía muy interesante, el que esta hermandad basada en la Caridad Cristiana y el Amor Fraternal, contribuyese a fomentar estos valores y la celebración del Corpus, editando un boletín, donde se recogiesen todos los actos que se celebran con motivo de esta festividad y a la vez los propios, como el recién celebrado triduo Eucarístico.

Reunida la Junta de Gobierno, en sesión extraordinaria, se planteó el proyecto, el cual fue aprobado, siendo el nombre el elegido para esta publicación el de CORPORIS MYSTERIUM, frase que se recoge en nuestro escudo de hermandad donde se escribe con letras de oro "CORPORIS MYSTERIUM SANGUINISQUE PRETIOSI".

Este proyecto, nace con mucha ilusión y con gran responsabilidad y estamos convencidos de que se irá haciendo un hueco muy interesante dentro de las publicaciones cofrades de nuestra Ciudad, espero que así sea y que pueda contribuir al fin que se persigue, que no es otro que el fomentar la participación de los hermanos en la Eucaristía y la Adoración al Santísimo Sacramento.

En nuestros días tenemos que seguir trabajando por el más necesitado, pues son tiempos difíciles, donde el hambre está instalada en nuestra sociedad, en nuestros hermanos. La palabra Caridad se hace hoy más grande, y desde nuestra hermandad estamos siempre prestos a socorrer al más necesitado, pues así nos lo dice Jesús, "Dar de comer al hambriento", con la celebración de Corpus Christi, tenemos que actualizarnos en el mensaje de Jesús, y dejar



que su amor entre en nuestro corazón, para que al igual que los discípulos de Emaus, lo veamos al sentirlo dentro de nuestro corazón, o bien ayudando a los demás, al hermano necesitado, pues así nos lo dijo “Cuando con uno de ellos lo hiciste conmigo lo hiciste”, . Jesús Sacramentado es Amor fraterno para todos nosotros, por ello tenemos desde nuestra hermandad que trabajar por llegar a los más necesitados, pues no hay mas Caridad que la de Jesús Salvador, que nos entrego su Cuerpo y su Sangre, como alimento para nosotros.

Hoy es verdad que existen hermanos muy necesitados de alimento, de tener cubiertas las mínimas necesidades, pero no es meno cierto que existe un gran crisis de valores y fundamentalmente de valores Cristianos, donde cada vez más se intentan meter en un rincón a Jesús Sacramentado, creo que desde el mensaje del Evangelio, tenemos los cofrades que ayudarnos unos a otros mas que nunca a vivir nuestra Fe en Jesús, participando activamente en la Celebración de la Eucaristía y en cuantos cultos se realicen tanto en nuestras Parroquias como en las calles, ahora hemos tenido la procesión de Corpus, ocasión magnifica, para seguir públicamente al Señor.

Jesús en su Ultima Cena, con sus discípulos, les dijo “ Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía” co.11, 23-26. , nuestra hermandad tiene que trabajar, la participación de sus hermanos en la celebración de la Eucaristía, como fuente de alimento para el Cristiano, esto creo que es muy importante. Ya que si los cofrades de esta hermandad participamos activamente de la celebración de la Eucaristía, este será lo mejor que podemos hacer por nuestros hermanos, pues cuando el cristiano se alimenta del cuerpo de Cristo, puede llegar al corazón del hermano, y poner

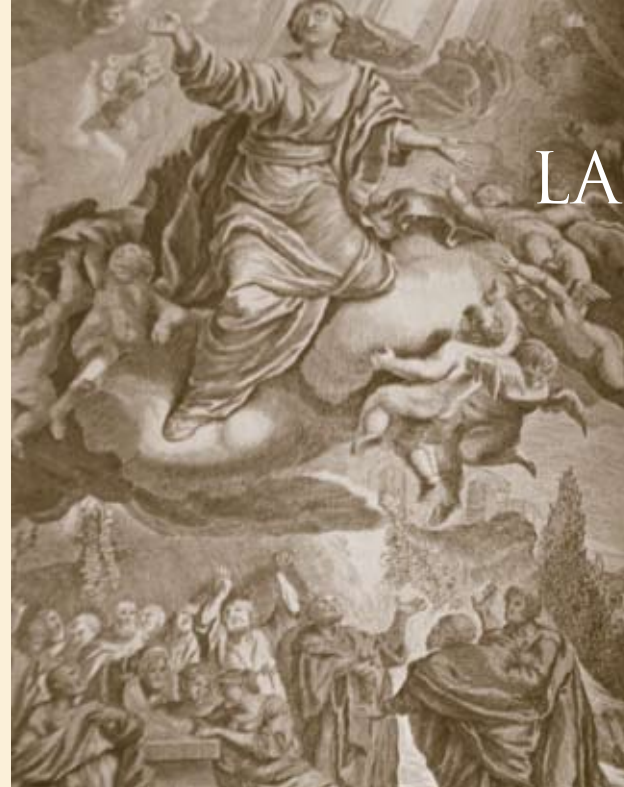
en practica la Caridad Cristiana, como eje de su vida.

Hace unos años editamos un manual de Adoración, para que nos ayude a todos a Orar ante el Santísimo Sacramento, esto lo venimos haciendo dos sábados al mes, donde nos podemos con nuestras debilidades delante del Señor, para adorarlo y pedirle. Cada vez somos mas los hermanos cofrades que lo hacemos, no quiero dejar pasar la oportunidad de animarles a todos a que participen de la Adoración al Santísimo pues cuando nos ponemos cara a cara con el Señor y le hablamos como hijos suyos, con sinceridad y confianza en El, nos escucha y alienta para llevar con bondad y confianza su mensaje.

*Participemos pues hermanos, de la Adoración al Santísimo y como no de la Eucaristía,” Pan de vida”, con el cual Cristo cumple a la perfección su promesa de «estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo» (cf. Mt 28,20).*

Nos dice el Papa Juan Pablo II, en su en Encíclica MANE NOBISCUM DOMINE, *La «fracción del pan» —como al principio se llamaba a la Eucaristía— ha estado siempre en el centro de la vida de la Iglesia. Por ella, Cristo hace presente a lo largo de los siglos el misterio de su muerte y resurrección. En ella se le recibe a Él en persona, como «pan vivo que ha bajado del cielo» (Jn 6,51), y con Él se nos da la prenda de la vida eterna, merced a la cual se degusta el banquete eterno en la Jerusalén celeste”.*

Bendito banquete, al que todos estamos invitados, por ello antes de terminar, quiero animar a todos los hermanos de esta hermandad Sacramental a que participen de El, pues Jesús Sacramentado nos esta esperando.



# LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA EN LA CATEDRAL DE JAÉN

Francisco Juan Martínez Rojas

El apóstol San Pablo, dirigiéndose a los corintios, se presenta como testigo de una tradición que ha recibido y a su vez transmite: la celebración de la Eucaristía: *Yo he recibido una tradición, que a mi vez os transmito...* (1Cor 11). La Eucaristía está presente en el corazón de la Iglesia desde siempre. Ya los primeros cristianos eran asiduos a la fracción del pan. Los mártires de Abitene (principios s. IV) confiesan ante la autoridad romana: *No podemos vivir sin celebrar el día del Señor (Sine dominica non possumus)*. El testimonio de aquellos primeros cristianos nos recuerda que la Eucaristía hace a la Iglesia haciendo de la Iglesia una Eucaristía. Como escribió el cardenal Henri de Lubac: *Es la Iglesia la que hace la Eucaristía; pero es también la Eucaristía la que hace la Iglesia*. Por ello, la Eucaristía es el corazón de la Iglesia. *La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada* (Juan Pablo II, *Ecclesia de eucharistia* 6). La Eucaristía siempre ha estado presente en su vida y es la base de todas sus actividades y el fin hacia el que tienen que tender todas sus iniciativas. La Eucaristía es la responsabilidad más grande de la Iglesia en la historia.

**EDAD MEDIA** Lo mismo que los mártires de Abitene afirmaban ante la autoridad romana que no podían vivir sin celebrar la Eucaristía, la Iglesia en Jaén, que tras siglos de dominación musulmana volvía a ejercer su culto en libertad, tampoco podía buscar otro sustento, otro alimento para su caminar sino el sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Dejando a un lado la Catedral de Baeza, donde se empezó a celebrar la Eucaristía desde 1228 aproximadamente, en nuestro primer templo la primera misa celebrada fue la que llevó a cabo Don Gutierre, el obispo de Córdoba, entre marzo y abril de 1246, cuando Jaén se rindió a Fernando III, y el Rey Santo consagró al culto cristiano la aljama o mezquita mayor de la ciudad.

De esta primera misa en la catedral, representad hipotéticamente en el cuadro situado en el ático del retablo de la capilla de San Fernando, tenemos datos interesantes, dado que avalan sobre todo la calidad del testimonio de quien los ha transmitido en su obra escrita, Alfonso X el Sabio, testigo ocular de lo que hizo su padre al ocupar la capital del Santo Reino. En efecto,



muerto ya Fernando, hacia 1272 empezó Alfonso la redacción de una obra que fue conocida posteriormente como *Estoria de España*, editada por vez primera por D. Ramón Menéndez Pidal, en 1906, con el siguiente título: *Primera Crónica General o sea Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1298*. En esta primera historia general de España, el rey sabio dedica un capítulo a la conquista de Jaén por su padre: (capítulo 1071): *Capítulo de como el rey don Fernando partió et pobló Jahén, et de commol conseiaron que fuese çercar Sevilla*. En él, Alfonso X escribió literalmente:

*Desque ovo el rey don Fernando cobrado Jahén de la guisa que oydo avedes et fue apoderado della, entró y con grant proçesión que fezieron toda la clerecía. Et fue luego derechamente a la mezquita mayor, que fizo luego poner nombre Sancta María, et fizo y luego altar a onrra de Sancta María, et cantar misa a don Gutierre, obispo de Córdoba; estableció y luego siella et obispado, et heredó muy bien la iglesia et diol villas et castiellos et heredamientos.*

No tenemos muchas noticias del modo concreto de la celebración, aunque podemos conjeturar fácilmente que, dada la estrecha dependencia de la sede giennense de su metropolitana de Toledo, la misa se celebraría *secundum consuetudinem sanctae Ecclesiae Toletanae*, como se deja ver, por otro lado, por la inclusión de santos toledanos en el calendario propio de Jaén: San Eugenio, San Ildefonso, Sta. Leocadia. Así aparecen en el primer calendario litúrgico de la diócesis que se conserva, en las constituciones capitulares de 1478, y que no sufrió grandes modificaciones en años posteriores.

Si hemos hecho referencia a la celebración, también se pueden ofrecer datos sobre la participación de los fieles, precisamente en el templo que debe ser

modélico para la celebración de la misa: la catedral. Como es sabido, desde 1216 estaba en vigor en la Iglesia universal la legislación aprobada por el IV Concilio Lateranense, que preveía, en el canon *Unus utriusque sexus* la obligatoriedad de la confesión y comunión anual, al menos por Pascua de Resurrección. Esta norma pastoral, que tan hondo caló en la práctica eucarística del pueblo cristiano, se convirtió en un referente seguro para los fieles cristianos de Jaén. Es una realidad que palpamos en la misma legislación particular del obispado de Jaén. Así, el título XVI de las constituciones capitulares de 1478, suscritas por el cabildo y el obispo D. Íñigo Manrique de Lara, describe las tareas que el prior de la catedral tenía encomendadas: debía atender pastoralmente la iglesia mayor y su colación, corrigiendo los pecados públicos que se conociesen; estaba obligado igualmente a procurar que sus feligreses y los beneficiados cumplieran con el precepto pascual confesando y comulgando, y tenía que anotarlos en un libro; finalmente, debía cuidar que se enseñase la doctrina cristiana. Nacían así los registros pascuales, es decir, los libros donde se recogían los nombres de los fieles que habían cumplido con el precepto pascual, prácticamente que posteriormente desembocará en el llamado *billete de confesión*.

Especial empeño pusieron los obispos en fomentar la devoción eucarística. A los clérigos se les exigía que al menos cuatro veces al año celebrasen *aquel sacrificio del altar en el qual verdaderamente la passion de nuestro Redentor y Salvador Jesuchristo es representada, e asy los vivos como los defuntos son muncho ayudados, por el qual los vicios son estirpados e grandes virtudes e grácias de nuestro Señor son alcançadas, la caridad ençendida y su santa iglesia compuesta e adornada*, como afirman los estatutos capitulares de 1478. Sin embargo, en repetidas ocasiones tanto los obispos como

sus provisos y vicarios generales tuvieron que recordar la normativa capitular, como ocurrió en el cabildo celebrado el sábado 29 de marzo de 1539, en que el provisor en nombre del obispo exhortó a los beneficiados ordenados de misa a que celebren el segundo día de pascua de resurrección y las otras pascuas del año según ordena el estatuto, so pena de lo ordenado por el mismo estatuto.

Puesto que aún no se había impuesto la uniformidad litúrgica, para la ejecución correcta de los ritos de la misa, por orden del obispo fray Diego Deza en 1499 se imprimió en Sevilla el *Misal Giennense*, que presenta la particularidad de incorporar al final un breve ritual de sacramentos en latín y romance, y un resumen de la doctrina cristiana, primer catecismo giennense conservado. El Misal Giennense fue reimpreso hacia 1517 y en 1538.

En otro orden de cosas, se fue imponiendo progresivamente la custodia de la Eucaristía y la adoración, estableciéndose una disociación entre celebración eucarística, recepción del sacramento y adoración eucarística. Fue precisamente a lo largo de la Baja Edad Media cuando conoció un auge progresivo la adoración de la eucaristía fuera de la misa, expresada de modo eminente en la procesión del Corpus. Los *Hechos del condestable Iranzo* detallan cómo para esa fiesta se limpiaban las calles del recorrido, adornándolas con ramos, juncia y tapices:

A la fiesta del Corpus Christi, el repostero de estrados del señor Condestable hacía barrer toda la calle delante de su posada, e echar muchos ramos e juncia. E colgava en las paredes de la dicha calle, por do avía de pasar el Corpus Christi quantos paños franceses tenía. E su merçed yva a la yglesia mayor muy bien vestido e aconpañado de muchos cavalleros e otras gentes. E desque avía oydo misa, yva con las andas en la proçesión.

Del mismo modo la crónica anota la presencia del rey Enrique IV en Jaén en el Corpus de 1458. En esta época aparecerían las primeras custodias, de las que no se han conservado ningún ejemplo en Jaén. Pero hay constancia

de que ya se hacía la procesión del Corpus en el s. XV, aunque bien pudiera haberse celebrado desde antes, pues la fiesta, en la Iglesia Universal, se celebraba desde 1246, precisamente el año de la reconquista de la ciudad de Jaén por parte de Fernando III el Santo.

## EDAD MODERNA

La época moderna fue un período de auge eucarístico, en el que algunas manifestaciones de esa devoción se potenciaron, como respuesta a la reforma protestante, que había cuestionado la experiencia sacramental y eucarística de la Iglesia.

No se puede olvidar que las cofradías también fueron en esta época un factor decisivo para el fomento de la devoción eucarística del pueblo, sobre todo las cofradías del Santísimo Sacramento, que junto con las del Rosario, debían ser erigidas obligatoriamente en todas las parroquias de la diócesis. La catedral, en ese sentido, también fue pionera, ya que en 1503 se fundó en este templo la cofradía del Santísimo Sacramento. Aunque en sus orígenes hubo un deseo de escapar del control de la Inquisición, por parte de sus fundadores, sospechosos de prácticas judaizantes, sin embargo, se convirtió, hasta la actualidad, en elemento imprescindible del culto eucarístico en esta Catedral. Los primeros estatutos, que como he dicho, se remontan a 1503, fueron revisados, y por real cédula, la reina Isabel II los aprobó en 1864. Actualmente, la cofradía del Santísimo Sacramento de la Catedral está unida a la de la Buena Muerte, por decreto del obispo D. Miguel Peinado Peinado.

Los prelados del s. XVI insistieron en diversos elementos de la celebración litúrgica, de modo que ésta fuese modélica en la Catedral. Así, el cardenal Esteban Gabriel Merino ordenó en el cabildo celebrado el sábado 27 de enero de 1527, que *que se diese mucha prisa en hazer el breviario para que se ympriman breviarios por la mucha neçesidad que ay dellos*. También ordenó que se celebrara con buen vino, que hubiera recaudo y limpieza en el vestuario y ornamentos, y que hubiera concierto en el campanario.



La celebración de la eucaristía en la catedral tenía entonces una doble vertiente. En primer lugar, estaban las misas que celebraba diariamente el cabildo en el altar mayor. En segundo lugar, estaban las que se celebraban en las capillas para cumplir las mandas testamentarias de quienes las habían fundado. Las visitas de los obispos D. Alonso Suárez (1518) y don Francisco de Mendoza, en 1539 nos ofrecen detalladas noticias de los ornamentos litúrgicos existentes en cada una de las capillas de la Catedral. Entre las capillas de la catedral gótica convendría recordar, por citar algunas, la de D. Luis de Torres, conde de Villardompardo, de la cofradía de ánimas, del canónigo Fernando de Gormaz, del arcediano Alonso de Mírez, del canónigo Gonzalo de Castroverde, del canónigo Gonzalo Cano, del obispo Don Alonso Suárez, intitulada a San Ildefonso, con una reja de la generación del mundo y la generación de Ntra. Señora, un retablo con 125 imágenes entre grandes y pequeños..., de Rui Páez de Sotomayor, 24 de Jaén, de Antón Vaca, abuelo del obispo Luis Cabeza de Vaca, preceptor de Carlos V y protector de Erasmo en España.

Como en cualquier comunidad cristiana, en la catedral de Santa María de Jaén y su parroquia de El Sagrario, el ciclo de celebraciones más importantes era el de Semana Santa. Por ello, a mediados de cuaresma se celebra el llamado cabildo de asignación de funciones para la semana santa. La norma general es que si el obispo estaba presente, presidía los oficios y mostraba a la Verónica; pero si se hallaba ausente o estaba indispuesto por enfermedad o los achaques de los años, se nombraban suplentes. Hubo obispos que se distinguieron por ejercer su función pontifical litúrgica con asiduidad. Entre los prelados de mediados del XVI resalta por su asiduidad en presidir los oficios de Semana Santa el Obispo D. Diego Tavera (1555-1560).

Cuando hablamos de celebración de la misa, pensamos prioritariamente en la parte eucarística, dejando a un lado la liturgia de la palabra. Sin embargo, en la Catedral se intentó equilibrar las dos partes de la celebración, desde principios del s. XVI, con una fundación. Se trata de las llamadas “misas de San Pedro”, que se celebraban al alba, en la capilla del canónigo Gormaz, y que tenían aneja como carga la obligación de predicar un sermón tras la proclamación del evangelio, todos los días. Se trataba de una capellanía importante, que proveía el cabildo diligentemente, y en clérigos cualificados. Por ejemplo, en el cabildo celebrado el viernes 18 junio 1563, se otorgó la capellanía del Dr. Gormaz, que es la del púlpito de las misas de San Pedro el doctor Gil Lozano de Lorite.

En la edad moderna hay un acontecimiento decisivo que marcó profundamente la vida eucarística de la Iglesia: la celebración del concilio de Trento. En la asamblea tridentina se rebatieron los errores protestantes sobre la presencia real de Cristo en el sacramento y el carácter sacrificial de la Eucaristía, y se reafirmó la fe de la Iglesia en este excelso sacramento, con lo que se inició un amplio movimiento pastoral para dignificar la celebración de la misa y potenciar la adoración de la eucaristía. En España, la aplicación sistemática del espíritu y de los principios teológico-pastorales del concilio de Trento fue obra del Obispo D. Francisco Sarmiento de Mendoza (1580-1595). En el pontificado de este prelado, la relación de los fieles con la eucaristía muestra de manera eminente los rasgos definitorios de la piedad sacramental del pueblo cristiano durante todo el Antiguo Régimen, y que caracteriza, más si cabe, a la Iglesia postridentina. En efecto, los fieles se acercaban a los sacramentos, y en especial a la confesión y a la eucaristía, de manera masiva, sobre todo para realizar el cumplimiento pascual. Para

facilitar la observancia de esta ley eclesiástica, desde el principio de su pontificado giennense, D. Francisco Sarmiento dictó una serie de disposiciones.

Los pastores quisieron subrayar la centralidad de la eucaristía en la vida cristiana a través de distintas iniciativas con las que pretendieron solemnizar y dignificar la celebración de la misa. Así se advierte en las sinodales de 1586, que prescribieron que en las ceremonias de la misa se guardara lo ordenado por el Tridentino. En el austero talante de D. Francisco Sarmiento, este engrandecimiento del culto poco o nada tenía que ver con la suntuosidad ornamental y el despilfarro económico, como evidenció el mandato del sínodo de 1586 al ordenar que los ornamentos sagrados fuesen dignos, confeccionados sobriamente con materiales y telas apropiadas, pero huyendo siempre de la ostentación y del derroche que gravaba a muchas fábricas parroquiales.

Y para que la celebración se ajustara a los nuevos libros litúrgicos reformados en el inmediato período postridentino, el obispo de Jaén ordenó que todos los clérigos fueran examinados de las ceremonias del misal de S. Pío V y del breviario romano. De la catedral de Jaén fue enviado a Toledo un racionero para que aprendiese “el nuevo rezado”.

Con el objetivo también de dignificar el culto eucarístico fueron dictadas otras medidas,

como la orden referida a la higiene y limpieza de los corporales, albas y manteles, que el sínodo de 1586 mandó que se lavaran al menos cada quince días. La misma asamblea determinó que el Santísimo fuese renovado de ocho en ocho días. Con anterioridad a estas disposiciones, D. Francisco Sarmiento había prescrito en la visita pastoral de 1582, que los corporales y purificadores recibiesen una primera limpieza de los sacerdotes, y posteriormente una mujer los acabase de lavar.



Otras disposiciones relacionadas con la eucaristía se enmarcan en las tentativas pastorales por inculcar en los fieles la reverencia y el respeto que el Santísimo Sacramento merecía, y erradicar paralelamente los abusos e irreverencias que se producían en este campo. En el inmediato período postridentino, la afirmación vehemente de la presencia real de Cristo en

el Santísimo Sacramento tuvo, entre otras consecuencias, el que la reserva eucarística ostentase un papel protagonista en el espacio del templo, convirtiéndose en el centro de ese ámbito sagrado. Por ello, el concilio provincial de Toledo de 1582-1583, a propuesta de D. Francisco Sarmiento, mandó que la reserva eucarística estuviese sólo en el altar mayor, como era la costumbre en las iglesias colegiales de la diócesis de Jaén. Esta disposición, junto con la potenciación de la exposición del Santísimo, está en el origen de la construcción de



los ostensorios en los retablos mayores de las parroquias.

Junto con la celebración de la misa, el día del Corpus, la procesión adquirió en este período un vigor inusitado. Los siglos del XVI al XVIII son centurias en las que los orfebres realizaron algunas de las custodias más significativas para nuestra diócesis. A mediados del XVI, Juan Ruiz el Vandalino, discípulo de Arfe, realizó la custodia de nuestra catedral, dentro de los más puros cánones renacentistas. Como es sabido, esta custodia desapareció en 1936, y sirvió de modelo a la que procesionó por vez primera en 1986.

En Jaén, la procesión del Corpus ponía en la calle toda una rica simbología, en la que la ciudad desfilaba como cuerpo, el Cuerpo de Cristo, con el Santísimo como Cabeza, dentro de una representación plástica de la teología expuesta por San Pablo en 1 Cor 12. En las ocho paradas que se efectuaban, los danzantes contratados por el ayuntamiento honraban al Sacramento con sus bailes, y la capilla musical de la catedral interpretaba piezas musicales, fundamentalmente villancicos y motetes, cuyo contenido literario era obligadamente eucarístico. Habitualmente, tanto los días previos como los posteriores, en la plaza de Sta. María se celebraban representaciones teatrales, es decir, que representaban autos sacramentales, que siempre, como es sabido, culminaban con la apoteosis de la Eucaristía. También era el ayuntamiento el encargado de contratar a la compañía teatral a cuyo cargo corrían estas representaciones. Las fiestas del Corpus tenían un broche de oro en la celebración de la octava, fiesta litúrgica que, sin tener el rango que el mismo Corpus, sin embargo se solemnizaba también convenientemente con sermón, cantos y procesión claustral.

Digno de ser mencionado es también el obispo D. Sancho Dávila si tenemos en

cuenta que, como teólogo que era, publicó en 1611, en Madrid, un libro sobre las reliquias y el Santísimo: *De la veneración que se deve a los cuerpos de los Sanctos y a sus reliquias y de la singular con que se a de adorar el cuerpo de Iesu Christo ... en el Sanctissimo Sacramento : quatrolibros [sic] ... / don Sancho Davila, Obispo de Jaen*, En Madrid : por Luis Sanchez, 1611. El obispo de Jaén firmaba la dedicatoria del libro a Felipe III, en Baeza, el 7 septiembre 1610. El cuarto libro de esta obra estaba dedicado al Santísimo Sacramento, como el mismo Dávila subrayaba en el prólogo: *El intento propio deste libro es tratar de la veneración singular que al cuerpo de Iesu Christo N. S. se deve en el Santissimo Sacramento del altar, aquella que por excelencia ha tenido siempre este renombre*. Desde las primeras páginas del cuarto libro, el autor, al margen de un erudito aparato crítico tanto bíblico como patrístico, pone de manifiesto un singular tratamiento teológico de la eucaristía, más admirativo y contemplativo que especulativo y racional.

Además de esta aportación literaria y teológica sobre la eucaristía, que se divulgó a partir de 1611 en Jaén, Don Sancho Dávila y Toledo suscribió un acuerdo con el cabildo de la catedral para solemnizar más y darle mayor esplendor a la procesión del Corpus Christi que anualmente se celebraba en la capital de la diócesis, y que debía ser modélica para el resto de las iglesias del obispado. No extraña, pues, que el analista de la historia eclesiástica de Jaén, Jimena Jurado, al biografar a este prelado, enfatizase su devoción eucarística, devoción que trató por medios diversos de inculcar en sus diocesanos: *la [devoción] que tuvo al Santísimo Sacramento del Altar, cuia fiesta principal, y octava celebrava con tan gran solemnidad, júbilos, y alegría, que parecía que en estos días no cabía en sí de contento, y gozo*.

Aparte de otras fuentes documentales, como, sobre todo, las actas capitulares,

tenemos la fortuna de gozar con una descripción pormenorizada de las fiestas que se celebraron con motivo de la consagración de la fábrica nueva de la catedral de Jaén, del 21 al 29 de octubre de 1660. Un escribano malagueño, Juan Núñez de Sotomayor, recopiló todo el material generado por las fiestas de la consagración, y lo dio a la imprenta. El voluminoso libro resultante -casi 900 páginas- salió de la imprenta de Mateo López Hidalgo, en Málaga, el año siguiente de la consagración, es decir, 1661. El título completo de la obra es: *Descripción panegírica de las insignes fiestas que la Santa Iglesia de Jaén celebró en la translación del Ss. Sacramento a su nuevo y sumptuoso templo, por el mes de octubre del año de 1660*.

Juan Núñez de Sotomayor divide su obra en doce discursos. El primer discurso de la *Descripción panegírica* es muy interesante, no sólo desde el punto de vista histórico, sino sobre todo artístico, ya que ofrece una descripción pormenorizada de la fábrica nueva de la catedral que se consagra, lo que permite hacer comparaciones con el estado y disposiciones actuales, a 350 años de distancia.

En el discurso II Núñez de Sotomayor resume los preparativos de las fiestas de la dedicación, pormenorizando las distintas iniciativas que se propusieron y los comisarios, tanto civiles como eclesiásticos, que fueron encargados de hacerlas realidad. El siguiente discurso está todo él dedicado a la descripción pormenorizada de la bendición del templo, llevada a cabo por el arzobispo-obispo de Jaén D. Fernando de Andrade y Castro, el miércoles 20 de octubre de 1660. La impresionante ceremonia culminó con el canto del Te Deum, al finalizar el cual, *se abrieron las puertas del nuevo Templo, donde fue tanto el concurso de la gente que con fieles afectos lo ocuparon, que no parece tiene el guarismo ceros con que numerarle*. El cuarto discurso está dedicado, como se señaló ya, a describir la procesión eucarística que tuvo lugar el 21 de octubre, para llevar al Santísimo Sacramento de la catedral antigua a la nueva. Saliendo de la fábrica gótica, la procesión discurrió por la

plaza de Santa María, calle Maestra, plaza de la Audiencia, San Francisco y Mercado. Aparte de la ejecuciones musicales que se prodigaron a lo largo del recorrido, merece señalarse la descripción que Núñez de Sotomayor hace de los altares que levantaron las *religiones*, se decir, las órdenes religiosas.

En concreto los jesuitas levantaron un altar en la calle Maestra, cerca del colegio de San Eufasio, en el que junto con el escudo de la catedral estaban las imágenes de S. Eufasio, titular del colegio, y de los santos jesuitas canonizados entonces: San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Koscica y San Francisco de Borja. También levantaron altares los carmelitas calzados, enfrente de las casas del conde del Villar, los agustinos *en la plazuela que llaman del conde del Villar*. En la calle de D. Martín Cerón levantaron su altar y simulacro los padres mercedarios. El compás del convento de San Francisco fue el lugar elegido por la seráfica orden para levantar su altar. Finalmente, el prior de San Ildefonso levantó el último altar en la plaza de San Francisco. Los discursos siguientes están dedicados, como ya señalamos, a describir las celebraciones litúrgicas de la octava que tuvo lugar del 22 al 29 de octubre de 1660. Los sermones corrieron a cargo de los más afamados predicadores de la época. El primer día corrió a cargo de fray Alonso de Santo Tomás, provincial de los dominicos en Andalucía, hijo natural de Felipe IV y posterior obispo de Málaga.

## EDAD CONTEMPORÁNEA

La edad contemporánea se abre con un deseo de racionalizar las celebraciones litúrgicas en la catedral. Una fuente importante para conocer la celebración de la eucaristía en la catedral de Jaén es el ceremonial propio del primer templo diocesano. El cabildo, el 17 de diciembre de 1765 ordenó al penitenciario D. José Martínez de Mazas, se encargase de cuidar la observancia de las obligaciones del coro y ceremonias de la Catedral. Para conocerlas, Mazas ordenó al racionero maestro de ceremonias, Miguel López de Palma,



recogiese toda la información posible sobre las celebraciones litúrgicas en la catedral. Así surgió el Ceremonial de la catedral, conocido en otros sitios como la *consueta*. La finalidad era, en palabras de Mazas, la siguiente: *La práctica de las sagradas ceremonias se ha de dirigir y animar solamente de un espíritu, que es el de la religión, sin entrar a la parte el genio o capricho de cada uno. De este modo no sólo habrá conformidad en el ejercicio de las funciones eclesiásticas sino que se evitará todo desorden, confusión, atropellamientos, precipitación y detención importuna, que causan tedio, risa o desprecio, en lugar de edificar y causar devoción.*

El ceremonial, dividido en 26 capítulos, que abarcan todas las ceremonias capitulares, desde las celebradas en el altar mayor hasta el canto del oficio divino en el coro. También repasa este precioso documento las competencias y obligaciones de cada uno de los ministros participantes.

El capítulo 5 está dedicado al celebrante y ministros en el altar. Dice el maestro de ceremonias que tanto el celebrante como quienes le asisten deben tener bien vistas las rúbricas generales y estar prontos y expeditos en la ejecución de las sagradas ceremonias. Sólo añade en este capítulo *la prevención nunca bastante repetida acerca del silencio que se ha de guardar en el altar, y que como dice Isaías, deberá ser culto de justicia, no pudiendo llamarse religioso el que no sabe refrenar la lengua. Todas las acciones se han de ejecutar con la mayor gravedad y modestia, sin aceleración ni atropellamiento, cada una en su tiempo y lugar y manifestando en todas el alto ministerio y la infinita majestad del Señor, a quien se adora.*

Continúa afirmando: *La pronunciación de quanto se lea y cante ha de ser limpiada, clara y con sentido, que enteramente*

*se perciba, y se exciten en los oyentes afectos suaves de piedad y religión.*

Como nota curiosa, el maestro de ceremonias afirma que al llegar los celebrantes al altar, *estando sentados se pondrán el bonete, y tendrán las manos modestamente extendidas sobre las vestiduras. Es gravísima indecencia tomar entonces tabaco o executar otra cualquier acción irreverente.*

El penúltimo capítulo está dedicado a la asistencia al Sr. Obispo cuando viene a la iglesia, es decir, a la catedral. Textualmente afirma Miguel López de Palma que *este capítulo sería el más largo de todos si se hubiese de anotar por menor las ceremonias que ocurren cuando el Sr. Obispo asiste a alguna ceremonia en la catedral.* Pero, continúa afirmando, como todo está ya previsto en el Pontifical Romano, no hay que extenderse demasiado.

El mismo maestro de ceremonias redactó unas normas precisas, a las que añadió el calendario propio de la catedral, con cada una de las fiestas que se celebraban, y que él explica pormenorizadamente. Este documento sirve para conocer con toda puntualidad las misas de fundación que se celebraban en la catedral en aquel tiempo.

A la vez, reseña las fiestas de acción de gracias o rogativas que se habían celebrado en el primer templo diocesano, durante el tiempo en que él era maestro de ceremonias. Se trata también de un filón interesante de noticias, que nos hablan de muertes reales y proclamaciones de nuevos monarcas, bodas, nacimientos, beatificaciones y canonizaciones, procesiones con Ntra. Sra. de la Capilla, fiestas y rogativas al Santo Rostro, acciones de gracias tras el terremoto de 1755, bendición de banderas de las milicias, bendición e imposición de la primera piedra de la iglesia del Sagrario.

Significativa es también la noticia que ofrece López de Palma de lo que había que hacer cuando el obispo venía a predicar a la Catedral. Aunque el concilio de Trento había recordado que la predicación era oficio principal del Obispo, posteriormente esa tarea los obispos la habían ido dejando en manos de otros. Es curioso que nuestro autor señale como primera noticia que ha encontrado en los archivos una de 1685, cuando el obispo fray Juan Asensio vino a predicar a la catedral. Dada la excepcionalidad, el día anterior hubo repique de campanas, y cuando el prelado llegó a la catedral, *se fue a su silla del coro, por el gran concurso no se pudo hacer la procesión por las naves.*

El Obispo D. Agustín Rubín de Ceballos (1780-1793) se caracterizó por fomentar la piedad eucarística, empezando por irradiarla desde la Catedral. En 1786 publicó un edicto ordenando la construcción de tabernáculos en las iglesias para venerar mejor al Santísimo. Él mismo costeó a sus expensas el ostensorio, diseñado según proyecto de Pedro Juan Arnal, con esculturas de Juan Adán, mármoles y bronce de Felipe Atchati. Igualmente renovó este prelado el ajuar litúrgico de las catedrales de Jaén y Baeza con el regalo que hizo de sendos ternos realizados por el afamado artesano toledano Domingo Molero.

El s. XIX, fue un período en el que la devoción eucarística recibió un nuevo impulso, que manifestó la revitalización de la Iglesia tras las revoluciones liberales. Frente a las profanaciones de que era objeto la Eucaristía, se pone nuevo empeño en el culto fuera de la misa (Adoración Nocturna), y se realza la procesión del Corpus.

No podemos pasar por algo una constatación histórica: en momentos difíciles, de guerras y persecución religiosa, atacar a la Eucaristía es atacar a la esencia misma de la Iglesia. Las profanaciones eucarísticas pretenden herir a la Iglesia en aquello que la hace Cuerpo místico de Cristo, gracias al Cuerpo eucarístico del Señor. Siguen

siendo estremecedora la lectura del relato de la celebración clandestina de los oficios de Semana Santa en la Catedral, en 1937.

Tras la guerra civil, el Cabildo debió afrontar la adecuación de las celebraciones de la Semana Santa tras la reforma de Pío XII, en 1947, e igualmente la renovación litúrgica promovida por el concilio Vaticano II, que recordó el papel primordial de la Eucaristía en la evangelización. Esa adecuación finalizó con la consagración del nuevo altar, el 24 de octubre de 1999, que completaba la renovación del mobiliario litúrgico del presbiterio de la Catedral.

Juan Pablo II nos recuerda en *Ecclesia de eucharistia* 60 que en el III milenio todos estamos llamados a reemprender con fuerza la plurisecular misión evangelizadora de la Iglesia, buscando una participación más intensa en la vida de Dios a través de la santidad. Y esa santidad sólo la podemos recibir de la Eucaristía, como recordaba la liturgia hispanomozárabe: *Sancta sanctis.*

Su Santidad Benedicto XVI afirmaba en la homilía de la misa celebrada en Oporto, el pasado 14 de mayo:

Sí, estamos llamados a servir a la humanidad de nuestro tiempo, confiando únicamente en Jesús, dejándonos iluminar por su Palabra: “No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto dure” (Jn 15, 16). ¡Cuánto tiempo perdido, cuánto trabajo postergado, por inadvertencia en este punto! En cuanto al origen y la eficacia de la misión, todo se define a partir de Cristo: la misión la recibimos siempre de Cristo, que nos ha dado a conocer lo que ha oído a su Padre, y el Espíritu Santo nos capacita en la Iglesia para ella. Como la misma Iglesia, que es obra de Cristo y de su Espíritu, se trata de renovar la faz de la tierra partiendo de Dios, siempre y sólo de Dios.



## ENTREVISTA A... D. PEDRO JOSÉ MARTÍNEZ ROBLES

**¿Cómo valoraría Usted los Triduos que ha predicado en esta Hermandad?**

Siempre que celebramos la Eucaristía es un acontecimiento gozoso porque el Señor nos habla por medio de su Palabra y nos alimenta con el Sacramento de su Cuerpo y su Sangre. Presidir vuestros cultos ha sido para mí, como sacerdote, una alegría y un encuentro con el Señor y con los miembros de la Cofradía de la Santa Cena que adoráis al Señor presente en la Eucaristía y lo veneráis en vuestras imágenes titulares

**¿Que momento destacaría de todos ellos y, en particular del Triduo Eucarístico?**

Como sacerdote, me sorprende la actualización que se hace en cada Misa de la Palabra de Dios y cómo Dios nos va dando pistas para caminar en nuestra vida cristiana de un modo auténtico.

Me ha sorprendido vuestro cuidado y preparación de la liturgia y cómo hay jóvenes que participan en los cultos con devoción y alegría. Y es gozoso, porque una Hermandad se tiene que construir sobre unas bases sólidas, y estas bases sólidas son sobre todo la participación en la Eucaristía y la escucha de la Palabra de Dios. Me sorprendió la Procesión Clausural por el Templo de San Félix de Valois por la devoción de los que participaron en ella y porque es una iniciativa que poco a poco tiene que ir creciendo para ser fermento, en medio de un barrio de Jaén, de auténtico amor eucarístico.

**En breves líneas, que mensaje de sus homilias de este Triduo Eucarístico le gustaría que llegase a todas aquellas personas que no han tenido oportunidad de escucharlas?**

Que la Eucaristía es un “Misterio que se ha de vivir”, es decir, que nuestro

culto al Señor sacramentado no es sólo algo que tenemos que vivir dentro de la iglesia, que sirve para nuestro crecimiento espiritual y para nuestra vida interior, sino que debe notarse en nuestra vida cotidiana, en la familia, en el trabajo, con los amigos, cuando estemos estudiando o cuando estemos descansando o divirtiéndonos. Se trata en definitiva de que tenemos que ser, allí donde nos encontramos cada día, fermentos y transmisores del Amor que Dios nos da en la Eucaristía.

**¿Que le ha transmitido la Hermandad y la Feligresía de San Félix de Valois durante la celebración de los Triduos Estatutarios?**

Ante todo una palabra “fraternidad”. He visto una Hermandad integrada en la Parroquia, querida por su párroco D. Santos y valorada por toda la feligresía. Y creo que así tiene que ser: las cofradías no pueden ser como francotiradores en la parroquia o una gente que ‘va a su rollo’, sino que deben ser en medio de la comunidad parroquial fermento y testimonio de una fe que se canaliza a través

del amor y veneración a unas hermosas imágenes de Cristo y de la Virgen María, pero que se integra en plenitud en todo el quehacer evangelizador, caritativo y en la vida litúrgica de la parroquia.

**¿Como definiría Usted el carácter sacramental de una Hermandad?**

Que una Hermandad sea “sacramental” no es un título más, es la definición de una impronta específica. Se trata de la certeza de que la Eucaristía es el mayor de los regalos que nos ha dejado el Señor y ese regalo hay que transmitirlo y hay que celebrarlo. Y una Hermandad “sacramental” celebra su amor a la Eucaristía, no sólo con toda la Iglesia en el día del Señor, sino también de un modo más específico en momentos comunes como en este Triduo Sacramental que hemos vivido y personalmente con la visita cotidiana al Santísimo, con la oración íntima ante Aquel que sabemos que nos ama, en definitiva, dejando que Cristo llene de luz nuestra vida para irradiarla a los demás. Por otro lado es esencial la dimensión

*Acólitos de la Hermandad.  
Corpus 2010.*





caritativa; si es esencial para todas las cofradías, para una “sacramental” debe ser prioritaria, porque Cristo mismo está presente en los más pobres y necesitados lo mismo que está presente sacramentalmente en las especies de Pan y de Vino, recordad lo que Jesús nos dice “lo que hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis”.

***¿Que mensaje debería transmitir la Hermandad de la Santa Cena, como Hermandad Sacramental y Eucarística?***

Que la Eucaristía es el centro de la vida del cristiano, que es Cristo mismo quien hace la Hermandad y puede construir también nuestra sociedad. Que poniendo al Señor en el centro de la vida todo lo demás, las actividades, los preparativos de la procesión del Domingo de Ramos, los proyectos, los anhelos, todo en definitiva adquiere un sentido nuevo. Que la alegría de la presencia de Dios Eucaristía entre nosotros es capaz de hacer nuevas todas las cosas, es capaz de fortalecer nuestra vida, es capaz de darle un sentido nuevo a nuestra relación con los demás.

***¿Cómo deben vivir las Hermandades la celebración del Corpus?***

Sin duda, como un momento clave y esencial en la vida de cada hermandad. La vida de las cofradías se centra en las respectivas procesiones, que son manifestaciones públicas de la fe que profesan sus miembros. Es salir a la calle con unas imágenes que a lo largo de la historia y en la vida de cada devoto han suscitado sentimientos de amor, de caridad, de entrega, de servicio. Una procesión es salir a la calle para decir que somos cristianos y que Cristo que sufre, padece, muere, resucita y está presente entre nosotros. Y esa presencia de Cristo Muerto y Resucitado es “real” en la procesión del Corpus

Christi que se nos manifiesta, no ya en imágenes que tallaron artistas, sino en la sencillez de lo más cotidiano que todos tenemos, el Pan.

Podríamos decir por tanto que la procesión del Corpus Christi es más importante aún que la de cada imagen titular, porque Cristo mismo sale a la calle para caminar con nosotros, se hace compañero de nuestra vida y nos señala el camino que todos debemos vivir, el camino del Amor hasta el extremo.

***¿Qué le parece la edición de este boletín?***

Un boletín es una vía de comunicación y de formación entre los miembros de una Hermandad. Vosotros, aparte de la belleza de la edición, de las fotografías, daís un contenido valioso para que sea un camino de crecimiento en la fe cristiana de todos vuestros cofrades. Por eso es tengo que felicitar y animaros para que sigáis en el futuro por este camino que hará fuerte vuestra Hermandad, vuestra fraternidad y vuestra vida cristiana.



## EN TORNO A LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI



Antonio Robles Gómez  
Sacerdote, Adscrito a la  
Parroquia de S. Félix de Valois

**E**n el día del Corpus Christi celebramos la fiesta de la Eucaristía, la exaltación de Jesucristo Sacramentado. Es la reiteración del Jueves Santo y de la Última Cena. Es la celebración del misterio y la gracia de la presencia permanente de Jesús en medio de nosotros a través de su Cuerpo y de su Sangre. Esta fgran solemnidad hace visible tanto la dimensión sacramental de la Eucaristía -la Misa- como la adoración y el culto que esta presencia merece. El Dios que se ha quedado por nosotros y para nosotros en el Sagrario, que es nuestro alimento, nuestro viático y nuestra fuerza, sale también a nuestras calles y plazas y nos bendice con su Amor, Amor de los Amores.

La festividad del Corpus Christi es también el día de la Caridad porque Eucaristía y Caridad están íntima e indisolublemente unidas. El pan eucarístico es pan que se parte, se comparte y se reparte. Jesús se ha hecho Eucaristía para todos. Y este misterio tiene como dos caras íntimamente unidas. De este modo, celebrar la Eucaristía, vivir la Eucaristía es la fuente de la Caridad y del servicio socio-caritativo de todos quienes participan en ella y la reciben. La historia del cristianismo demuestra fehacientemente que aquellos cristianos que más han hecho por los demás -particularmente por los pobres, los enfermos, los necesitados- han sido hombres y mujeres de Eucaristía. Es el caso de madre **Teresa de Calcuta, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, San Vicente de Paúl, San Pío de Pietrelcina** y tantos y tantos otros<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Quiere Él, para el bien de las criaturas, que su cuerpo, su alma y su divinidad se hallen en todos los rincones del mundo, a fin de que podamos hallarle cuantas veces lo deseemos, y así en Él hallemos toda suerte de dicha y felicidad. Si sufrimos penas y disgustos, Él nos alivia y nos consuela. Si caemos enfermos, o bien será nuestro remedio, o bien nos dará fuerzas para sufrir, a fin de que merezcamos el cielo. Si nos hacen la guerra el demonio y las pasiones, nos dará armas para luchar, para resistir y para alcanzar victoria.



En estas páginas pretendemos acercarnos al origen de la festividad del Corpus, para tal fin ofreceremos algunos datos que nos permitan afirmar cómo la Eucaristía desde los albores de la Iglesia ha sido la raíz y el núcleo de su vida, sin embargo habremos de esperar al s. XIII para que su fe en la presencia real de Cristo en el sacramento se explicitara dogmáticamente. Para concluir, a modo de apéndice, reflexionaremos sobre la relación entre la Eucaristía y la caridad.

### LA EUCARISTÍA: FUENTE DE VIDA EN LA HISTORIA DE LA IGLESIA<sup>2</sup>:

Los testimonios en torno a la celebración de la Eucaristía en la Iglesia primitiva son bastante abundantes, muchos de ellos nos los proporcionan los propios apóstoles y sus discípulos, los Padres de la Iglesia, e incluso algún observador pagano. He aquí algunos ejemplos:

- San Lucas (S. I): “Perseveraban en oír la enseñanza de los apóstoles, y en la unión, en la fracción del pan y en la oración” (Hch. 2, 42-47)
- San Justino (S. II): “El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que allí moran en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los *Recuerdos de los Apóstoles* o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente nos levantamos todos a una y elevamos nuestras preces, y, estas terminadas, como ya dijimos, se ofrecen el pan y vino y agua, y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus preces y acciones de gracias, y todo el pueblo exclama diciendo <<amén>>. Ahora viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío por medio de los diáconos a los ausentes.”<sup>3</sup>

Si somos pobres, nos enriquecerá con toda suerte de bienes en el tiempo y en la eternidad (Santo Cura de Ars).  
Es medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, remedio para vivir en Jesucristo para siempre (San Ignacio de Antioquía).

No sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habían de tener, a cambio de tan gran bien para la cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos Jesucristo está, verdadero Dios y verdadero hombre, en el Santísimo Sacramento..., gran consuelo nos había de ser (Santa Teresa de Ávila).

Más afortunados que aquellos que vivieron mientras estuvo en este mundo, cuando no habitaba más que en un lugar, cuando debían andarse algunas horas para tener la dicha de verle; no le tenemos nosotros en todos los lugares de la tierra, y así ocurrirá, según nos está prometido, hasta el fin del mundo (Santo Cura de Ars).

Más dichosos que los santos del Antiguo Testamento, no solamente poseemos a Dios por la grandeza de su inmensidad, en virtud de la cual se halla en todas partes, sino que le tenemos con nosotros como estuvo en el seno de María durante nueve meses, como estuvo en la cruz. Más afortunados aún que los primeros cristianos, quienes hacían cincuenta o sesenta leguas de camino para tener la dicha de verle; nosotros le poseemos en cada parroquia, cada parroquia puede gozar a su gusto de tan dulce compañía. ¡Oh, pueblo feliz! (Santo Cura De Ars).

Todo lo tenemos en Cristo; todo es Cristo para nosotros. Si quieres curar tus heridas, Él es médico. Si estás ardiendo de fiebre, Él es manantial. Si estás oprimido por la iniquidad, Él es justicia. Si tienes necesidad de ayuda, Él es vigor. Si temes la muerte, Él es la vida. Si deseas el cielo, Él es el camino. Si refugio de las tinieblas, Él es la luz. Si buscas manjar, Él es alimento (San Ambrosio).

En la eucaristía recibimos, real y verdaderamente al cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Su alma Santísima transfiere sobre la nuestra las gracias de fortaleza y resistencia contra el poder de las pasiones. Su carne purísima se pone en contacto con la nuestra pecadora y la espiritualiza y diviniza (San Juan Crisóstomo).

2 Ramón Escandel, V. Eucaristía y espiritualidad cristiana en [www.unavocesevilla.info/colaboraciones.htm](http://www.unavocesevilla.info/colaboraciones.htm).

3 JUSTINO, San: Apología en QUASTEN, J.: Patrología Vol. I, Hasta el Concilio de Nicea, Biblioteca

· Plinio el Joven (s. II): “Ahora bien, afirmaban éstos que, en suma, su crimen o, si se quiere, su error se había reducido a haber tenido por costumbre, en días señalados, reunirse antes de rayar el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como a Dios y obligarse por solemne juramento no a crimen alguno, sino a no cometer hurtos, ni latrocinios, ni adulterios, a no faltar a la palabra dada, a no negar, al reclamárseles el depósito confiado. Terminado todo eso, se decían que la costumbre era retirarse cada uno a su casa y reunirse nuevamente para tomar una comida, ordinaria, empero, e inofensiva; y aun eso mismo, lo habían dejado de hacer después de mi edicto por el que, conforme a tu mandato, había prohibido las asociaciones secretas.”<sup>4</sup>

· Sobresaliente resulta el testimonio de la *Didaché* o *Doctrina de los Doce Apóstoles* del siglo II:

*“Acerca de la Eucaristía, daréis las gracias de esta manera: Primero, sobre el cáliz:  
Gracias te damos, Padre nuestro,  
por la santa viña de tu hijo David,  
que nos ha revelado por Jesús, tu Hijo.  
Gracias a Ti por los siglos.  
Sobre la fracción del pan;  
Gracias te damos, Padre nuestro,  
por la vida y la ciencia  
que nos revelaste por tu Hijo Jesús.  
A ti la honra por los siglos.”*<sup>5</sup>

Es interesante señalar el testimonio de Tertuliano del s. III sobre la celebración eucarística en su obra *Sobre la Corona*, donde nos habla entre otras cosas sobre la frecuencia de la celebración eucarística, la preparación para la comunión, la celebración de la memoria de los mártires y de los difuntos, etc.:

“El sacramento de la eucaristía, confiado por el Señor en el tiempo de la cena, y a todos, lo tomamos también en las reuniones de antes del amanecer, y no de la mano de otros sino de las de los que presiden; hacemos oblaciones por los difuntos, y anualmente por los natalicios [de los mártires]; juzgamos ilícito el ayuno el día del Señor u orar de rodillas. Gozamos de la misma inmunidad desde el día de Pascua hasta Pentecostés. Sufrimos ansiedad sí cae al suelo algo de nuestro cáliz o también de nuestro pan.”<sup>6</sup>

Resulta apasionante comprobar como estos testimonios tan lejanos en el tiempo, mantienen tantos puntos de contacto con la manera de celebrar y vivir nuestra fe. Y es que

de Autores Cristianos, Madrid 1995 (5ª edición) p. 216.

4 PLINIO EL JOVEN: Carta a Trajano (Epistolarium, l. X, 96) en RUIZ BUENO, J.: Actas de los Mártires. Edición bilingüe completa. Versión, introducción y notas de..., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1996 p. 245.

5 QUASTEN, J.: *Op. cit.* p. 62.

6 TERTULIANO: Sobre la Corona C. III en SOLANO, J., S. I. Escritores Eclesiásticos de la Antigüedad, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1965 p. 100-101



la eucaristía mantiene vivo el mandato del Señor y a través de los siglos, con particularidades propias, lo hace presente haciendo crecer a la Iglesia.

La piedad eucarística ha conocido a través de los tiempos progresos reales, hasta alcanzar el enriquecimiento de nuestros días. Ha sido un camino lento y penoso, en el que tampoco han faltado los retrocesos, pues a veces una conquista nueva suponía la pérdida de posiciones ya alcanzadas. Cada época ha resaltado algún aspecto de la Eucaristía, el gran misterio, el más rico y fecundo de nuestro culto, por ser como el centro de él.

Las primitivas generaciones cristianas nutrían su piedad en las fuentes litúrgicas, siendo la celebración eucarística y la comunión el eje de su vida. Se valoraba el rito sacrificial y la participación en el mismo, pero faltaba a los primeros cristianos la amistad íntima con Cristo, presente bajo las sagradas especies. La Edad Media pondrá esa nota de ternura y calor, que echamos de menos en la Iglesia antigua.

En los trece primeros siglos de la Iglesia no encontramos referencias sobre el desarrollo de un culto litúrgico eucarístico paralelo a la celebración de la Misa, lo mínimo que podemos encontrarnos es la adoración eucarística propia de la celebración litúrgica, la conmemoración de la Institución de la Eucaristía en la noche del Jueves Santo, y la práctica en el ámbito local en algunas iglesias de procesión con la Eucaristía en las festividades del Domingo de Ramos y de Pascua. Uno de los factores que hicieron que no se desarrollara en los trece primeros siglos un culto eucarístico paralelo a la Misa reside en el hecho de la progresiva frecuencia de la celebración eucarística con lo que parecía innecesario el desarrollo de una práctica ajena, aunque se sabe de la veneración que se tributaba a la reserva eucarística, aquella porción del pan consagrado destinado a los enfermos y los mártires, que estaba custodiada en artísticos relicarios en forma de paloma o en copones, que podían hallarse en un muro del presbiterio o de la sacristía, e incluso podían ser depositadas en alguna columna del templo, y en torno a la cual no había una especial atención por parte del clero o de los fieles.

Sin embargo, con el tiempo se hizo necesario el desarrollo de un culto eucarístico fuera de la celebración propiamente dicha. Esto fue propiciado fundamentalmente por el surgimiento de opiniones contrarias al dogma de la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La aparición de creencias erróneas causó que la Iglesia explicitara su fe en la pervivencia de Cristo en la especie sacramental después de la Misa. Estas doctrinas heréticas reducían a un mero simbolismo la presencia de Cristo en la Eucaristía, los principales exponentes de estas ideas son Ratrammo (s. IX) y Berengario de Tours (S. XI). Este

desarrollo de las primeras herejías eucarísticas dará lugar a una fuerte respuesta tanto desde el campo teológico, donde podríamos destacar las figuras de Pascasio Radberto y Rabanno Mauro contra las tesis de Ratrammo, y las contundentes respuestas de Anselmo de Laón o de Guillermo de Champeaux como principales impugnadores de las tesis de Berengario, a quienes se unen las condenas oficiales de varios sínodos y Concilios. Asimismo desde el campo devocional, ya empiezan a aparecer determinadas prácticas que con el tiempo configurarán la devoción eucarística tal y como la contempla la Iglesia Católica, ya que siempre la doctrina se traduce en expresiones de fe.

Como principales hitos del desarrollo previo al establecimiento de la festividad del Corpus Christi por Urbano IV en 1264, podemos citar las reformas introducidas por los benedictinos de Bec y de Cluny coincidiendo con los debates teológicos en torno a las tesis de Berengario, y que se cifran en la práctica de la genuflexión ante el Santísimo Sacramento y su incensación, mientras que en Inglaterra Lanfranco, arzobispo de Canterbury, introduce la procesión del Santísimo en el domingo de Ramos.

Pero si tuviéramos que destacar dos hitos dentro del desarrollo de la piedad eucarística en estos siglos medievales, no cabe duda que no podríamos pasar por alto las revelaciones de Santa Juliana de Mont Cornillon y el milagro eucarístico de Bolsena (Italia)<sup>8</sup>:

· Santa Juliana de Monte Cornillon: oriunda de Lieja, religiosa agustina y superiora del monasterio de Mont Cornillon. Fue favorecida con una visión en la que contempló “como una media luna, pero desportillada y oscura en uno de sus radios. La visión se repitió en adelante otras muchas veces. Al cabo de dos años de oraciones y penitencias, le pareció entender que el disco luminoso figuraba el ciclo de fiestas litúrgicas, y que el espacio vacío y oscuro acusaba la falta de una solemnidad importante, que era la del Santísimo Sacramento”. El caso de esta religiosa agustina es



7 En 1047 Berengario mantuvo una polémica con Lanfranco de Pavia, abad del monasterio de Le Bec, en Normandía y futuro arzobispo de Canterbury, sobre la naturaleza Eucarística, dogma de fe cristiana desde 1215, según la cual, durante la celebración de la misa el pan y el vino del celebrante se transforman realmente en el cuerpo y la sangre de Cristo; esta transformación recibe el nombre de transustanciación. Para Berengario no ocurre realmente ninguna transformación, siendo el pan y el vino, únicamente símbolos del cuerpo y la sangre de Cristo; para Lan-

franco, en cambio, el pan y el vino son realmente cuerpo y sangre de Cristo. Cf. AZCARATE, P. A. (OSB): La Flor de la Liturgia o curso ilustrado de liturgia, Editorial Pax, San Sebastián 1932 p. 166. Op. cit. en Ramón Escandel, V. Eucaristía y espiritualidad cristiana p.32

8 AZCARATE, P. A. (OSB): Op. cit. pp. 187ss.



muy similar a la de otra religiosa, esta vez francesa y del siglo XVII, Santa Margarita María de Alacoque, que al igual que ella trabajara denodadamente por la institución en la Iglesia de una festividad dedicada al Corazón de Jesús, fiesta muy vinculada con la devoción al Santísimo Sacramento pues no hay que olvidar que esta presenta un importante componente eucarístico y que se celebra después de la octava de Corpus.

· El Milagro de Bolsena: es tal vez el milagro eucarístico más importante de la Cristiandad, y ocurrió en la población italiana de Bolsena cercana a Orvieto, que durante la Edad Media fue residencia de los Papas en múltiples ocasiones. Este acontecimiento tiene como protagonista a un sacerdote checo, Pedro de Praga, que duda de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, esta duda le lleva a una peregrinación a Roma para pedir sobre la tumba del Apóstol la gracia de una fe fuerte. De regreso a su patria, se detiene en la población de Bolsena donde celebra una misa en la cripta de Santa Cristina, y en el momento en que se disponía a partir la Hostia manó de ésta milagrosamente sangre, la cual manchó los corporales, que actualmente se custodian en la catedral de Orvieto.

Ambos acontecimientos tienen como testigo de excepción al Papa Urbano IV. Siendo archidícono en Lieja, Urbano IV, entonces Jacques Pantaléon, recibe de labios de la propia Santa Juliana de Mont Cornillon la narración de la revelación de que ha sido objeto, y ocupando ya la sede de Pedro certificó la autenticidad del milagro de Bolsena.

En virtud de la Bula *Transiturus*<sup>9</sup> (8 de septiembre de 1264), promulgada por este Pontífice, quedaba establecida la festividad del Corpus Christi, que debía celebrarse el jueves después del domingo de la Santísima Trinidad, por su parte sus sucesores Clemente V y Juan XXII reforzaron aún más la festividad al declararla obligatoria para toda la Cristiandad (1311) y completarla con una Octava privilegiada y una solemne procesión (1316) respectivamente.

No contento con el decreto oficial, Urbano IV encargó a los mejores teólogos y escritores espirituales la redacción de un oficio apropiado para la celebración de la festividad, encomendándole tal labor a los principales teólogos de su tiempo, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura. A este respecto cuentan algunos biógrafos del pontífice, que al recibir los trabajos de uno y otro se puso a leer en voz alta el elaborado por Santo Tomás, y fue tal su maestría en su elaboración que llevó a San Buenaventura a romper el que él había realizado mientras el pontífice leía el de su compañero. Tal oficio del Doctor Angélico contiene el bello himno *Pange lingua*, que expresa a la perfección la fe de la Iglesia en la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

<sup>9</sup> “Si bien la Eucaristía sea celebrada solemnemente cada día, consideramos que es justo que al menos una vez al año se le haga aún más honrada y solemne memoria. En efecto, las otras cosas de las que hacemos memoria las afirmamos con el espíritu y con la mente, pero por esto no obtenemos de ellas su real presencia. En cambio, en esta sacramental conmemoración de Cristo, aún si está bajo otra forma, Jesucristo está presente con nosotros en su propia sustancia. En efecto, mientras estaba por ascender al cielo dijo: “He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Bula *Transiturus* de Hoc Mundo. Cf. INTERNET: Eucaristía en [www.aciprensa.com](http://www.aciprensa.com) (CONSULTA: 29-05-10)

El fenómeno de los milagros eucarísticos no es patrimonio exclusivo de Italia, aunque allí hayan tenido lugar los más celebres como el de Bolsena o el operado por Santa Clara en su monasterio de Asís al detener ella sola y enferma el asalto del convento por los sarracenos al servicio del Rey Federico II con sólo una custodia. En España también podríamos enumerar algunos de estos prodigios como el acaecido en Daroca (1298) en plena Reconquista, o el que aconteció, ya en el siglo XVI en Zaragoza y que recibe el nombre de “el sacro Dubio de Comballa”, muy similar al acaecido en Bolsena, o el de “La sagrada forma del Santo Niño de la Guardia” (s. XV) que se venera en el monasterio de Santo Tomás, o entre otros la “Santa Forma del Escorial” (S. XVI). Estos hechos portentosos, sin juzgar su veracidad histórica, ya que muchos de ellos son narrados con un lenguaje legendario, muestran un ferviente crecimiento de la devoción eucarística en toda la cristiandad. Sin embargo debemos de esperar a la llegada del barroco y a la recepción de la doctrina de Trento para contemplar la adoración del Santísimo en todo su esplendor. La contrarreforma católica exalta la grandeza del sacramento frente a las tesis reformadores y aún en nuestra liturgia actual podemos observar el influjo tridentino.

Resulta interesante resaltar el hecho de que a medida avanzamos en el tiempo, se asiste a un descenso en la práctica eucarística, si por un lado tenemos un amplio desarrollo de la piedad eucarística, al mismo tiempo nos encontramos con un descenso de la participación de los fieles en la comunión dentro de la Misa, hecho que se suele achacar no a las posturas teológicas en torno a la idoneidad de la comunión frecuente, sino más bien a un rigorismo que se extiende entre los fieles y a la progresiva relajación de las costumbres. En este sentido es bastante descriptivo el análisis que hace San Ignacio de Loyola en carta a sus paisanos de Azpeitia con motivo de la consecución para su villa natal de una bula para la constitución de la Cofradía de la Minerva o del Santísimo Sacramento, y en la que realiza una descripción de la situación de su tiempo en torno a la frecuencia de los sacramentos: “(Al principio) Tomaban cada día el Santísimo todos y todas que tenían edad para tomar(lo); después, de allí a poco tiempo, comenzándose un poco a enfriar la devoción, se comulgaban todos de ocho a ocho días; después, a cabo de mucho tiempo, enfriándose mucho más en la vera caridad, vinieron a comulgarse todos en tres fiestas principales del año, dejando a cada uno en su libertad y a su devoción, si quisiese comulgarse más a menudo, quier de mes a mes; y después, a lo ultimo, hemos parado de año en año...”<sup>10</sup>

### LA ESPIRITUALIDAD EUCARISTÍA Y LA PRÁCTICA DE LA CARIDAD

Si por algo habría que definir la espiritualidad que se desarrolla en torno a la Eucaristía es por presentar una importante dimensión social, que tiene en la práctica de la caridad una de sus principales manifestaciones, si bien no la única, pero que la destaca entre todas las facetas que puede presentar.

El hecho de que el “sacramento de la Eucaristía no se puede separar del mandamiento de la caridad” es una realidad que se puede constatar ya desde los primeros tiempos del cristianismo, pues en la 1ª carta de san Pablo a los Corintios, el apóstol, se muestra molesto

<sup>10</sup> BERGUIRIZTAÍN, P. J., S. I.: San Ignacio de Loyola. Apóstol de la Comunió Frecuente, Barcelona 1909 p. 25. Op. cit. en Ramón Escandel, V. p.75.





ante el hecho de que los cristianos ricos de la comunidad corintia permanezcan indiferentes ante las necesidades de sus hermanos menos afortunados, en especial a la hora de la celebración eucarística (cf 1 Co 11,17.22.27.34), obligándole a recordarles que “sois el cuerpo místico de Cristo, y cada uno por su parte es miembro de ese cuerpo” (1 Cor 12,27), y que por encima de cualquier don con que están dotados sus miembros esta la caridad:

“Aunque hable las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, no soy más que una campana que toca o unos platillos que resuenan. Aunque tenga el don de profecía y conozca todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tenga tanta fe que traslade montañas, si no tengo caridad no soy nada. Aunque reparta todos mis bienes entre los pobres y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, de nada me sirve.” (1 Cor. 13,1-3)

Esta idea que está presente en la literatura paulina, es recogida más tarde por San Juan Crisóstomo en su *Homilía sobre el Evangelio de Mateo* en donde invita a sus oyentes a honrar no sólo el cuerpo de Cristo presente en el altar, sino también cuando éste se halla en los pobres y necesitados:

“¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Por que el mismo que dijo: “esto es mi cuerpo”, y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: “Tuve hambre y no me disteis de comer”, y más adelante: “Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer” [...]. ¿De que serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo.”<sup>11</sup>

Estas palabras de San Juan Crisóstomo venían a recordar a sus fieles que la Eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres, puesto que para recibir en la verdad el cuerpo y la sangre de Cristo entregado por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos, cosa que muchos de ellos parecían haber olvidado a tenor de las palabras del Patriarca de Constantinopla. Este “compromiso a favor de los pobres” al que San Juan Crisóstomo apelaba se había manifestado ya en los difíciles tiempos de las persecuciones, no tan lejanos para el orador y sus fieles, con el testimonio de múltiples cristianos que arriesgaban sus vidas por llevar la eucaristía a los presos, y del que el caso del niño San Tarcisio es su más señalado caso: cuenta el Martirologio romano, que en plena persecución de Valeriano (S. III) fue martirizado el acólito Tarcisio a manos de unos niños que deseaban ver lo que el joven guardaba con tanto secreto, pues este se había negado a revelárselo a pesar de sus continuas preguntas. El caso de San Tarcisio fue tan relevante para la comunidad cristiana de Roma, que el Papa San Dámaso (S. IV) le

11 JUAN CRISOSTOMO, San: *Homilía sobre el Evangelio de Mateo*, 50, 3-4: PG 58, 508-509; cf. JUANPABLO II, Carta encíclica *Sollicitud rei socialis* en nota nº 34 *Ecclesia de Eucharistia* p. 25



dedicó un bello epitafio que narra las vicisitudes de su martirio: “...Cuando la insana muchedumbre oprimía al santo Tarcisio, portador de los sacramentos de Cristo, para que los divulgase ante los profanos, él prefirió dar herido [por las piedras] la vida antes que traicionar a favor de perros rabiosos los miembros celestiales.”<sup>12</sup>

En la tradición medieval la imagen del pobre esta íntimamente ligada a la de Cristo, así por ejemplo la leyenda de San Martín, llamado “el apóstol de las Galias”, nos cuenta como éste siendo todavía soldado se encontró en un día de invierno a un mendigo semidesnudo, y al no tener dinero que ofrecerle, cortó un trozo de su propia capa y se la dio al mendigo; esa misma noche, cuenta la tradición, en sueños vio a Jesucristo vestido con la media capa que él le había cedido y oyó como este le decía: “Martín, hoy me cubriste con tu capa”

En el siglo XIII es de notar el testimonio excepcional que San Francisco de Asís y Santa Clara nos proporcionan de la naciente piedad eucarística, pues se puede considerar como cierto, como atestigua la tradición iconográfica de Santa Clara, que ya en la orden franciscana se tenía como costumbre la adoración del Santísimo en una custodia, imagen pionera dado el escaso arraigo que tenía esta devoción en tiempos de los fundadores de la Orden franciscana. Pero no sólo hay que destacar el papel de pioneros de la devoción eucarística de la familia franciscana sino también su influencia en la práctica de la caridad, ya que San Francisco de Asís haciendo suyas las palabras de San Juan Crisóstomo pasó haciendo el bien a todos aquellos que lo necesitaban, pues si el santo franciscano contemplaba a Cristo en toda la creación, lo hace de una manera particular en todos los pobres que encuentra a su paso.

En definitiva, después de este breve recorrido histórico y tras considerar estas llamadas a la urgencia de la caridad, podemos afirmar que la Eucaristía nos mueve a hacer presente la Caridad, el Amor de Dios a los hombres. Así nos lo recuerda el santo Padre en su Exhortación Apostólica: “El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor. Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. *Hch* 4,32) y ayudar a los pobres (cf. *Rm* 15,26). La colecta en las asambleas litúrgicas no sólo nos lo recuerda expresamente, sino que es también una necesidad muy actual.”<sup>13</sup>

12 DAMASO, San: Epigrama al mártir san Tarcisio. Op. Cit. en Quasten, J. *Patrología* Vol II. p. 322

13 Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*. nº 247.



# JESUS SE HACE PRESENTE

32



Francisco M. García García  
Vocal de Formación

**T**ras la Celebración del Triduo Eucarístico, en el que nuestra Hermandad ha dado culto a Cristo presente entre nosotros a través de su Cuerpo y Sangre, nos disponemos en estos días a celebrar que Él de nuevo está entre nosotros, que se hace Santísimo Sacramento y que, con sumo Amor, ha recorrido las calles de la Diócesis, y lo hemos acompañado, en una expresión sincera y solemne de Fe y en una de las tradiciones más bellas y devocionales hacia el Divino Redentor Sacramentado.

Como Hermandad Sacramental y Eucarística, hemos de celebrar este acontecimiento de una manera más profunda e intensa, puesto que, al representar nuestros Sagrados Titulares el misterio de la instauración de la Eucaristía, además de revivir este importantísimo acontecimiento de nuestra Fe, hemos de invitar y hacer partícipes a los demás del Banquete Celestial de la Cena del Amor y de la Presencia de Cristo entre nosotros y, debemos de saber hacer de la Eucaristía el centro y el culmen de nuestra vida cristiana. Así lo afirmó

su Santidad Juan Pablo II, categóricamente y sin equívocos posibles cuando expresó: *“La Iglesia vive de la Eucaristía, y sin Eucaristía, ni cristianos ni Iglesia”*.

Por ello, constituyendo los fines principales de nuestra Hermandad la adoración al Santísimo Sacramento así como hacer crecer, madurar y profundizar en el conocimiento de nuestra Fe y, de una forma especial, en torno a la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo, debe ser éste un ámbito en el que los grandes esfuerzos y trabajos de nuestra Hermandad sean los más amplios de toda su actividad. Porque son las hermandades Sacramentales las encargadas, en este tiempo litúrgico, de celebrar con toda solemnidad el culto público al Santísimo Sacramento. A través del culto Eucarístico podremos vivir la presencia real de Jesús Sacramentado.

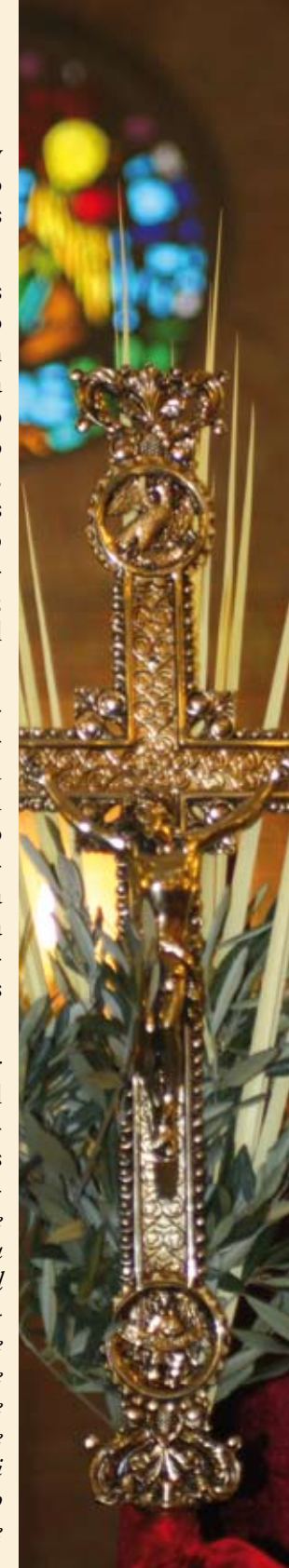
Pero no sólo en el día del Corpus Christie conmemoramos su nueva y permanente presencia entre nosotros bajo los dones eucarísticos, sino que también celebramos el Día de la Caridad. *“Ofrece sin pedir nada a cambio”*, este es el lema que el Sr. Obispo anuncia en su carta pastoral para esta jornada anual y en la que nos manifiesta la relación directa e inseparable entre Eucaristía y Caridad. Cristo, en señal de amor en la tarde de Jueves Santo, compartió con sus discípulos su Amor. En ese momento ofreció todo lo que Él tenía, su vida de entrega hacia el prójimo por nuestra Salvación. Y al igual, ocurre en la Eucaristía. Él, con suma piedad, se nos presenta en cuerpo hecho pan,

para cargar con nuestro sufrimiento y colmarnos de vida y gracia. Por tanto Caridad y Eucaristía son los cimientos más importantes de nuestra Fe.

La fiesta del Corpus Christi nos aproxima al misterio del Santísimo Sacramento, es como la manifestación pública de nuestra celebración de la Eucaristía, compartiendo y ofreciendo nuestra fe en la presencia de Cristo hecho vida. En el día de la caridad, lo que celebramos en la fe, debemos hacerlo realidad palpable en el sincero amor a nuestros hermanos. La Eucaristía es inseparable de la caridad; el misterio de la fe está unido al del amor fraterno.

Eucaristía y Caridad son realidades palpables en nuestra Hermandad, nuestros Sagrados Titulares son símbolo de estas, Jesús Salvador, en su Última Cena instauró el misterio de la Eucaristía y María, bajo la advocación de la Caridad, nos muestra su excelsa grandeza, enseñándonos a ser ejemplos vivos del Amor y entrega hacia el prójimo y hacia los más necesitados.

Para finalizar, quisiera tomar prestadas las líneas que escribiera el Arzobispo emérito de Sevilla, Excmo. y Rvmo. Sr. Cardenal D. Carlos Amigo Vallejo, con motivo de la festividad del Corpus Christie: *“Ante el santísimo misterio de la Eucaristía solamente cabe la actitud de entrega al amor de Dios, tal como lo hizo la bienaventurada Virgen María: que todo se haga según tu palabra. Y la palabra de Cristo no es otra que aquella que sigue resonando con inmutable claridad desde el día de la última cena: ¡Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre. Haced esto en memoria mía! Hacemos, pues, lo que nos ha mandado el Señor”*.





## “HACED ESTO EN MEMORIA MÍA”

Sebastián Berdonces

(Lc 22,19)

**E**ste año ha sido declarado por el Papa Benedicto XVI como el año sacerdotal, doce meses especiales, ya casi a punto de concluir, instituidos por el Papa para recordar la figura de San Juan María Vianney, conocido como el santo cura de Ars. Renovar la labor de los sacerdotes para tener de un modo especialísimo presente desde el Único y Eterno Sacerdote, Jesucristo, aquellos que Él llama para que por Él, con Él y en Él ofrezcan a Dios el Santo Sacrificio del Altar.

El sacerdote ante todo es el ministro de la Eucaristía, nada tan vivamente unido en la realidad de la Iglesia, como el sacerdocio y la celebración eucarística, nacieron juntos, dos fuentes de agua que saltan desde un mismo manantial que es de agua viva porque brota del mismo Jesucristo, inmolado en la cruz y resucitado.

Como tantas veces recordó el Papa Juan Pablo II, la Eucaristía y el sacerdocio han nacido juntos en el Cenáculo de Jerusalén, la tarde del Jueves Santo. Por esta razón, «la existencia sacerdotal así escribió en la última carta a los sacerdotes, pocas semanas antes de su muerte ha de tener, por un título especial, “forma eucarística”».

Por ser la Eucaristía el Sacramento de la prueba suprema del amor de Dios a los hombres, es también el modelo más perfecto y la invitación más encarecida a hacer nosotros lo mismo: Devolver a Dios amor por amor y amar a nuestros hermanos como Cristo nos ha amado.

Entre sacerdocio y Eucaristía existe, por tanto, un lazo indisoluble: el sacer-

dote es para la Eucaristía, y la Eucaristía que es el Pan de Vida para todos los cristianos sólo puede ser realizada por los obispos y sus colaboradores, los presbíteros. Así el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor se hace presente de modo sacramental en el Sacrificio de la Misa. Benedicto XVI ha querido subrayar esta verdad de fe desde los primeros momentos de su Pontificado. Hablando de la «providencial coincidencia» del comienzo de su ministerio petrino con el Año de la Eucaristía, afirmó: «*La Eucaristía hace presente constantemente a Cristo resucitado, que se sigue entregando a nosotros, llamándonos a participar en la mesa de su cuerpo y de su sangre*».

Dice San Juan Crisóstomo: ¿Quieres honrar el Cuerpo de Cristo? Entonces no lo desprecies en Su desnudez, ni quieras honrarlo aquí en la iglesia con vestiduras de seda mientras lo abandonas fuera donde pasa frío y esta desnudo pues El, que dijo: Este es mi cuerpo y así se hizo por su palabra, dijo también: me viste hambriento y no me diste de comer. ¿Qué de bueno tener que la mesa Eucarística rechine por el peso de los cálices de oro cuando Cristo está muriendo de hambre? Primero satisfácelo cuando tiene hambre, y después usa los medios que te sobren para adornar su mesa.

Jesús en la eucaristía esta sediento de amor y nos da consuelo al estar amorosa y constantemente con nosotros, al dirigirnos y enseñarnos por medio de enviarnos al Espíritu Santo, al alimentarnos y nutrirnos con su mismísimo Cuerpo y Sangre y transformarnos en El mismo y darnos la vida eterna. Él también quiere



enviarnos al Espíritu Santo para unirnos como una familia con el vínculo del amor. Jesús, el Señor, quiere hacer por nosotros y por el mundo lo que hizo durante su vida terrena por las personas de su tiempo. El esta sediento de que vengamos a Él con fe y confianza en su amor incondicional por nosotros.

Si la Iglesia “hace” la Eucaristía por medio de sus sacerdotes, también es cierto que la Iglesia misma “nace” de la Eucaristía. De la dimensión eucarística del sacerdocio deriva necesariamente su dimensión eclesiológica. Unido siempre al romano pontífice y al sacerdocio recibido por el sucesor de los apóstoles en su Iglesia diocesana, el Obispo. Desde la más remota antigüedad, un importante testimonio de este hecho se encuentra en la misma liturgia de la Misa, donde siempre se hace mención de la Iglesia universal y de su Cabeza visible, el Romano Pontífice, así como del propio Obispo y de todos los demás Obispos y presbíteros.

Pero todos los cristianos recibimos, según la propia vocación, la misma misión que el Señor, la de hacer presente, con la participación en el culto, con la palabra y con el ejemplo y con las obras de amor al prójimo, el amor infinito de Dios. Por el Bautismo somos incorporados a Cristo y a su misión. Por la Eucaristía somos configurados con Cristo, que entrega su vida por los demás y nos deja en este Sacramento el alimento para andar el camino del amor a Dios y al prójimo. No podemos comulgar ni celebrar dignamente la Eucaristía, si no vivimos lo que en este Sacramento se realiza y se significa.

*Haced esto en memoria mía*, con estas palabras Jesús ordena a los Apóstoles que sigan repitiendo lo que Él acaba de hacer con las mismas consecuencias, instituye el orden Sacerdotal al mandar a los Apóstoles celebrar la Cena Pascual con Él como cordero sacrificado e inmolado para siempre.



# EL MILAGRO DE LA *Eucaristía*

Ramón Molina Navarrete

36

Cuando Jesús tomó el pan, lo bendijo y dijo que era su cuerpo, y luego el cáliz, toda la creación sintió un temblor incommensurable. Ni una sola ley física dejó de sentir en sí misma un desconcierto de escarcha. Hasta el universo entero volvió a explosionarse en una nueva creación metafísica por cuya causa aparecieron infinitas galaxias y nuevos universos.

Todo pareció normal. Los apóstoles, sentados alrededor de la mesa de Cristo, de nada se dieron cuenta, vieron tan sólo que los ojos de su Maestro brillaban como dos ascuas de cristal y se transfiguraba su voz, haciéndose más honda, misteriosa, profunda, eterna...

Pero más allá del cenáculo, de la noche, de la luna llena..., había un descontrol de la materia, un colapso en los límites de lo existente, un fuego de luz más allá de todos los cuerpos y todos los espíritus...

levantada en el cuerpo de un hombre nacido de mujer santa e inmaculada en Belén y crecido en Nazaret, debió creer por una diezmillonésima de instante que no era Él, que soñaba, cuando no puede soñar —¿o sí?—, porque todo lo que Él imagine o piense se hace realidad.

Y ahí se quedó, rodaja de miga, flor de maná, rocío impoluto, redondez blanquísima, caldo de lumbre, ambrosía para no morir.

Y ahí se queda cada vez que un sacerdote, así se halle en el más excelso templo, como en la más rudimentaria cueva, por más santo o pecador que sea —el poder concedido a sus manos supera hasta la más opaca oscuridad—, pronuncia las palabras evangélicas cumpliendo el precepto de hacerlo en su memoria.

Y ahí lo veo yo. Aunque cueste creerlo. Ahí lo siento vivo. Ahí palpo a Jesús, mi Señor y mi Amigo, entero, pleno y verdadero. Y más aún lo noto cuando



abro mi boca y se deja caer en mi lengua, y más todavía cuando lo trago... Y más cuando aprecio que llega dentro de mi ser y me abrasa la carne, los huesos y el alma entera.

Y nunca falla. Lo sé a conciencia. Cuando ando errante, cuando necesito el milagro urgente, cuando me hace falta salir del agujero..., no tengo más que ir a su encuentro, verlo alzarse en su círculo de nácar, arrodillarme, sentirme expresión mínima y decirle: dámelo..., y aparte de dárseme, de hacer por mí hasta la noche día, de responderme, va y se deja comer para que yo sepa lo grande que soy, y Él lo pequeño que es. Yo grande, por saberme hijo de Dios, y Él pequeño, por dejarse comer por un simple gusano de indolencia.

Dios Eucaristía es el más grande de todos los milagros de la creación. Dios Eucaristía es en sí mismo el milagro que concede todos los milagros cuando se cree que verdaderamente Él es el milagro.

Ayer mismo, cuando tenía en mis manos sobre la losa un muerto diagnosticado por los sabios, me acerqué a Él en su Sagrada Forma, grandiosa y silenciosa, viva y brillante, cercana y misericordiosa, y me bastó suplicarle, decirle, llorando, que lo levantara de la tumba..., para que me lo devolviera de inmediato a la vida, sonriente y feliz, como si nada hubiera pasado, ajeno al tránsito del tiempo...

Sólo mi Dios Eucaristía y yo sabemos, cómplices de un amor por el que, ya sin duda, estoy dispuesto a morir, el cruce de miradas que hubo entre nosotros. Sólo Él sabe que yo sé que Él es pan para que yo sea gorrion y vaya a comer de su mano. Sólo Él sabe que yo sé que se quedó de trigo y de uva para que nadie pase hambre en la eternidad. Sólo Él sabe que yo nada sé, pero que me basta saber que está real y verdaderamente presente en la Sagrada Forma para saberlo todo.



# ADORACIÓN AL SANTISIMO

Fernando Casado Aparicio

**M**e hice cofrade de la Hermandad Sacramental de Jesús Salvador en su Santa Cena y María Santísima de la Caridad y Consolación, cuando fue nombrada sede canonica para esta Cofradía, la Iglesia de San Felix de Valois, mi Parroquia, no voy a hacer una crónica de mi incorporación a las actividades de la misma, pero el inicio fue un poco de coincidencias al acudir los sábados a la Santa Misa y ver un grupo de hermanos cofrades que se quedaban en Adoración y a los que decidí acompañar.

Esos momentos de Adoración al Santísimo, despertaron en mí esa inquietud dormida de otros tiempos en que fui Adorador Nocturno, primero en la Sección Juvenil de los Tarsicios, los domingos por las tardes en la Parroquia de Cristo Rey; hasta mi paso a la Sección de Adultos, con aquellas veladas nocturnas de sábado a domingo en la Parroquia de La Merced en la que por turnos hacíamos oración ante el Santísimo.

Pero que entendemos por la Adoración al Santísimo, un rato que te quedas en la Iglesia rezas unos Padres Nuestros y a otra cosa. No, es algo mas que eso, mas profundo, mas personal, es un rato de intimidad entre Cristo y tú, en la que el dialogo que entablas con El es sublime.

Muchas veces no sabes por donde empezar, de ahí que te acompañes de un

*Devocionario, al principio eran folios con las distintas oraciones para acompañar al celebrante, ahora la Cofradía tiene un libro propio de Adoración, que te sitúa en el Ciclo Litúrgico correspondiente y te ayuda a introducirte en la meditación.*

No es tiempo perdido, al contrario, cuando sales te sientes a gusto contigo mismo, satisfecho, lleno de Amor, agradecido con el Amigo que siempre tienes ahí y que te ha escuchado.

Muchas veces crees que te va a faltar tiempo para expresar todos tus pensamientos e inquietudes en los tiempos de meditación propia y empiezas de una forma atropellada, pero poco a poco tu Amigo te va tranquilizando y vas hilvanando, sin que tu te des cuenta, una conversación íntima y sosegada que te llena de Amor.

Como Hermandad Sacramental que somos debemos propagar nuestra Adoración al Santísimo, participando en cuantos Actos Litúrgicos programados por la Cofradía para este fin, haciéndote el compromiso de acudir a la Misa y posterior Adoración, sobre todo los sábados establecidos por la Cofradía (segundo y tercero de cada mes), y en la que no te encontrarías solo, por contrario estarías arropado por tus hermanos cofrades, pero eso sí sin reloj, sin prisas, descubrirás otro sentido a tu vida y a tu Amor por Cristo y en la que espero contar con tu presencia.



**TRIDUO  
EUCARÍSTICO**

Días 28, 29 y 30 de mayo de 2010

Oficiado por el  
**ILMO. SR. D. PEDRO J. MARTÍNEZ ROBLES**  
*Vicario Judicial y Canónigo de la S.I. Catedral*

20:00 horas: Rezo del Santo Rosario  
20:30 horas: Celebración de la Eucaristía y Exposición del Stmo.

**PROCESIÓN CLAUSTRAL**  
El día 30, al finalizar la Eucaristía.

---

EDITA  
Hermandad Sacramental de Jesús Salvador  
en su Santa Cena y María Stma. de la Caridad y Consolación

EQUIPO DE REDACCIÓN  
Francisco M. García García - José Paulano - Martínez - Sebastián Berdonces Lara

COLABORADORES GRÁFICOS  
Modesto Martínez Elía - Jorge Álvarez Puerta - César Carcelén - Sebastián Berdonces Lara

COLABORADORES LITERARIOS  
Santos M. Lorente Casáñez - Antonio Robles Gómez - Francisco Juan Martínez Rojas  
Pedro J. Martínez Robles - Ramón Molina Navarrete - Fernando Casado Aparicio

PORTADA  
Sancho Dávila, Obispo de Jaén de la Veneración de la  
Reliquia del Santísimo Sacramento. Madrid 1611

DISEÑA E IMPRIME  
Blanca Impresores, S.L. - Jaén

2010



Corporis



Mysterium

Junio 2010